

MARGUERITE DURAS

**MODERATO
CANTABILE**



Lectulandia

¿Por qué el grito repentino de una desconocida y la vista de su cuerpo ensangrentado han turbado tanto a Anne Desbaresdes, que es joven y rica, y no tiene otro afecto que el de su hijo? ¿Por qué vuelve insistentemente al café del puerto, anodino escenario del crimen? ¿Por qué interroga a un desconocido, testigo él también del asesinato? El vino que bebe lentamente es el pretexto que lleva a ir siempre más adelante en su investigación y a hablar ella misma siempre más. En realidad, ¿qué busca? ¿El deseo que mató a la otra y del que ella carece? ¿La misma muerte en manos del desconocido que la desea, él sí, sin reparo alguno? En esas lánguidas tardes de estío, inundadas por la cálida luz del sol poniente y los olores agridulces del mar y las magnolias. Anne Desbaresdes se acerca paulatinamente a la clave del enigma.

Lectulandia

Marguerite Duras

Moderato cantabile

ePub r1.0

Sibelius 15.12.13

Título original: *Moderato cantabile*

Marguerite Duras, 1958

Traducción: Paula Brines

Editor digital: Sibelius

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Moderato Cantabile es el relato de una fascinación. Como toda fascinación, se resiste al análisis racional, a la lógica; hay que bucear y bucear en las fantasías reprimidas, en los deseos no pronunciados, la causa o el motivo de esa especie de hipnosis. Cual una moderna madame Bovary, la protagonista -Anne Desbaresdes- vive en una lluviosa ciudad de provincias, como madame Bovary, se aburre y se hastía, aunque estas sensaciones sean mucho más débiles y menos conscientes. Toda fascinación es un deseo oculto: Anne Desbaresdes no sabrá qué desea hasta que un hecho accidental le descubra sus fantasías más escondidas.

La protagonista es rica y tiene un hijo al que adora; su único paseo consiste en acompañarlo a sus clases de piano. Pero el niño se distrae, no presta mucho atención a las sesiones y recibe la reprimenda de la profesora, símbolo del Orden y la Represión. En este triángulo, el niño representa el intento de libertad, la profesora el sistema patriarcal (tiene algo de esas mujeres fálicas de Balthus) y Anne Desbaresdes oscila entre los dos ángulos, como perdida. Después de las clases de piano, madre e hijo suelen pasear por el muelle, mientras lentos, los barcos hacen sonar sus sirenas. Es una ciudad de provincias fabril, donde los obreros van a beber vino a la salida del trabajo. Una tarde la monótona y represiva clase de piano es brutalmente interrumpida por el grito de una mujer asesinada. Quien primero lo escucha es el niño, luego, la profesora, pero quien queda completamente trastornada es Anne. Se asoma a la ventana y observa que los transeúntes, curiosos, se dirigen a un bar, del cual partió el grito estremecedor. En el suelo del bar yace una mujer asesinada y un hombre -presuntamente su amante y asesino- llora, la abraza, la ama, incapaz de separarse de ella ni siquiera cuando llega la policía. Desde ese momento, la protagonista queda subyugada. Algo hay en ese grito de ella misma, algo de su deseo o de la vida que no ha vivido y quiere descubrirlo. A la tarde siguiente, se dirige al bar, con el niño como compañía y pide un vaso de vino. Escucha los comentarios retóricos sobre el crimen, y se siente turbada. A poco entabla conversación con el misterioso Chauvin, un hombre que parece saberlo todo acerca de ella, de su vida, del asesinato y del deseo. Entre ambos se establece una extraña relación de oscura seducción especular. Los dos quieren saber, los dos intentan reconstruir la historia de los amantes funestos: el amor que acabó en muerte, quizás como última ofrenda del amante y como inmolación de la amada. En los días sucesivos, Anne volverá al puerto, contemplará las lanchas y no podrá sustraerse a la atracción del vino y de Chauvin. Nada sabemos de esta atracción que gira en torno a la reconstrucción del

crimen ya cometido y de un amor tanático. Con sutileza poética, Marguerite Duras dice para no decir; lo implícito es más importante que lo manifiesto. Anne descubrirá junto al placer de beber vino que la víctima elige muchas veces a su verdugo.

Historia de una seducción y de una fascinación fatal, el texto tiene una economía y una estructura que corresponden a la poesía, aunque se trate de prosa. En esta novela sobre los deseos más ocultos y reprimidos, no sobra ni falta una palabra, ni siquiera esas breves incursiones por un puerto húmedo y sombrío, cuyos crepúsculos son melancólicos, aún en el verano, cuando las magnolias que Anne lleva en el pecho comienzan a pudrirse, lanzando un ebrio y excitante perfume. Es una novela sobre un viaje íntimo con un solo desplazamiento: de su casa al café, donde la impávida patrona teje con indiferencia y lana roja, testigo imparcial de estos encuentros tan apasionados como discretos. La autora parece decirnos que sin espejo, no hay posibilidad de descubrir el deseo más profundo. El lector se hace muchas preguntas: ¿Anne está buscando la misma muerte? ¿Anne está buscando el mismo amor? ¿Quién es Chauvin, que conoce desde lejos la casa de la protagonista, el olor de la magnolia en su pecho y el insomnio estival en la rica mansión? La languidez de la protagonista es como una suerte de agonía, ya sea cuando camina por el Boulevard de la Mer, cuando pasea a su hijo o cuando acude, compulsivamente, a las citas con el desconocido. Y Chauvin, como si se tratara de un instrumento musical, a veces entona el diapasón de la memoria, a veces sugiere, a veces parece saber el secreto del deseo de esa mujer.

Posiblemente se trata de la novela de mayor calidad literaria de la autora, por su capacidad de elipsis, por la severidad de su estructura y la riqueza psicológica. En todo caso, es la que yo prefiero, desde que la leí por primera vez, hace muchos años. Entonces, Marguerite Duras no tenía la celebridad que adquirió después, pero en esta novela reveló un talento y una originalidad inconfundibles. Ya por entonces estaba muy interesada en el cine, y había escrito algunos guiones. Aunque en principio, este texto eminentemente literario parecía imposible de llevar a la pantalla, la propia autora confeccionó el guión y encontró al director y a los intérpretes ideales.

Todavía recuerdo con emoción el estreno de la película del mismo nombre, en 1960, dirigida por Peter Brook y con un par de espléndidos actores: Jeanne Moreau y Jean-Paul Belmondo. Al fondo, entre los visillos de una ciudad de provincia, las notas de las Gymnopédies, de Erik Satie.

—¿Quieres leer lo que hay escrito arriba en tu partitura? —preguntó la profesora.

—Moderato cantabile —dijo el niño.

La profesora subrayó la respuesta golpeando el teclado con el lápiz. El niño siguió inmóvil, la cabeza girada hacia su partitura.

—¿Y qué quiere decir moderato cantabile?

—No lo sé.

Una mujer, sentada a tres metros de allí, suspiró.

—¿Estás seguro de no saber qué quiere decir moderato cantabile? —insistió la profesora.

El niño no respondió. La profesora dio un grito ahogado de impotencia, golpeando de nuevo el teclado con el lápiz. Ni una pestaña del niño se movió. La profesora se giró.

—Señora Desbaresdes, ¡vaya cabeza tiene usted ahí! —dijo.

Anne Desbaresdes volvió a suspirar.

—¿A mí me lo dice? —dijo.

El niño, inmóvil, con los ojos bajos, fue el único en recordar que la noche acababa de estallar. Se estremeció.

—Te lo he dicho la última vez, te lo he dicho la penúltima vez, te lo he dicho cien veces, ¿estás seguro de no saberlo?

El niño no creyó oportuno responder. La profesora lo miró de nuevo como si fuese un objeto. Su furor fue en aumento.

—Ya empieza otra vez —dijo muy bajo Anne Desbaresdes.

—Lo que pasa —continuó la profesora—, lo que pasa es que no quieres decirlo.

Anne Desbaresdes también observó a aquel niño de los pies a la cabeza, pero en un modo distinto al de la profesora.

—Vas a decirlo inmediatamente —aulló la profesora.

El niño no manifestó sorpresa alguna. Siguió sin responder. Entonces la profesora golpeó por tercera vez el teclado, pero tan fuerte que el lápiz se rompió. Justo al lado de las manos del niño. Estas eran casi las de un recién nacido, redondas, lechosas aún. Cerradas sobre sí mismas, permanecieron quietas.

—Es un niño difícil —se atrevió a decir Anne Desbaresdes, no sin cierta timidez.

El niño volvió la cabeza hacia aquella voz, hacia ella, rápidamente, sólo el tiempo necesario para asegurarse de su existencia; después recobró su posición, frente a la partitura. Sus manos siguieron cerradas.

—Yo no quiero saber si es difícil o no, señora Desbaresdes —dijo la profesora—.

Difícil o no, debe obedecer.

En el tiempo que siguió a este comentario, el rumor del mar entró por la ventana abierta, y, con él, atenuado, el de la ciudad en el corazón de la tarde de aquella primavera.

—Por última vez: ¿estás seguro de no saberlo?

Una lancha pasó por el marco de la ventana abierta. El niño, girado hacia su partitura, apenas se movió —sólo su madre lo supo— mientras la lancha le pasaba en la sangre. El sordo ronroneo del motor se oyó en toda la ciudad. Escasos eran los barcos de placer. El rosado del día que terminaba coloreó por entero el cielo. Otros niños, afuera, en los muelles, quietos, miraban.

—Por última vez, ¿estás seguro? ¿Estás realmente seguro?

La lancha volvió a pasar.

La profesora se asombró de tanta obstinación. Su ira decayó y ella se desesperó al ver lo poco que significaba para aquel niño, a quien, no obstante, con un gesto, hubiera podido obligar a hablar. La aridez de su destino se le hizo de pronto evidente.

—Qué oficio, qué oficio, qué oficio —gimió.

Anne Desbaresdes no prestó atención al comentario, pero su cabeza se inclinó un poco a modo de aprobación.

La lancha terminó por fin de atravesar el marco de la ventana abierta. El ruido del mar se elevó, sin límites, desde el silencio del niño.

—¿Moderato?

El niño abrió la mano, la desplazó y se rascó ligeramente la pantorrilla. El ademán resultó desenvuelto y quizá convenció a la profesora de su inocencia.

—No lo sé —dijo, después de haberse rascado.

Los colores del poniente se volvieron de pronto tan gloriosos que el pelo rubio del niño se vio modificado.

—Es fácil —dijo la profesora, un poco más sosegada.

Se sonó largamente.

—¡Vaya hijo que tengo! —exclamó Anne Desbaresdes alegremente, pese a todo —, ¡vaya hijo que tuve! No sé cómo pudo salirme con esa terquedad...

La profesora no creyó conveniente tener en cuenta semejante orgullo.

—Eso quiere decir —dijo al niño, abrumada—, por enésima vez, eso quiere decir moderado y cantante.

—Moderado y cantante —dijo el niño totalmente ido, ¿adónde?

La profesora se volvió.

—Ah, le juro que...

—Terrible —afirmó Anne Desbaresdes, riendo—, tozudo como una mula, terrible.

—Empieza de nuevo —dijo la profesora.

El niño no volvió a empezar.

—Empieza de nuevo, te he dicho.

El niño no se movió. El ruido del mar en el silencio de su obstinación se hizo oír de nuevo. En un último sobresalto, aumentó el rosado del cielo.

—No quiero aprender el piano —dijo el niño.

En la calle, bajo la casa, resonó un grito de mujer. Un lamento largo, continuo, se alzó y tan alto que cubrió el ruido del mar. Después se detuvo, en seco.

—¿Qué es eso? —gritó el niño.

—Algo ha ocurrido —dijo la profesora.

El ruido del mar resucitó de nuevo. El rosado del cielo, mientras tanto, empezó a palidecer.

—No —dijo Anne Desbaresdes—, no es nada.

Se levantó de su silla y fue hasta el piano.

—Qué nervios —dijo la profesora mirándoles a los dos con aire de reproche.

Anne Desbaresdes tomó a su hijo por los hombros, le apretó hasta hacerle daño y le dijo casi gritando:

—Hay que aprender a tocar el piano, es preciso.

El niño tembló también, por la misma razón, por haber tenido miedo.

—No me gusta el piano —dijo en un murmullo.

Otros gritos siguieron entonces al primero, espaciados, distintos. Rindieron culto a una actualidad ya superada, ya tranquilizadora. De modo que la clase continuaba.

—Es preciso —insistió Anne Desbaresdes—, es preciso.

La profesora movió la cabeza desaprobando semejante suavidad. El crepúsculo empezó a barrer el mar. Y el cielo, lentamente, se destiñó. Tan solo el oeste permaneció rojo. Se difuminaba.

—¿Por qué? —preguntó el niño.

—La música, amor mío...

El niño tomó su tiempo, el de intentar comprender. No comprendió, pero lo admitió.

—Bueno. Pero ¿quién ha gritado?

—Estoy esperando —dijo la profesora.

Se puso a tocar. La música se elevó por encima del rumor de la multitud que empezaba a agolparse debajo de la ventana, en el muelle.

—Bueno, por fin, por fin —dijo Anne Desbaresdes alegremente—, ¿ve usted?

—Si él quisiera —dijo la profesora.

El niño terminó su sonatina. Inmediatamente el rumor de abajo invadió, imperioso, la habitación.

—¿Qué es eso? —volvió a preguntar el niño.

—Vuelve a empezar —contestó la profesora—. No olvides: moderato cantabile.

Piensa en una canción que te cantaran para dormirte.

—Jamás le canto canciones —dijo Anne Desbaresdes—. Esta noche me pedirá una, y lo hará de tal manera que no podré negarme a cantársela.

La profesora hizo caso omiso. El niño volvió a tocar la sonatina de Diabelli.

—En clave si bemol —dijo la profesora en voz alta—, lo olvidas con demasiada frecuencia.

Voces precipitadas, de hombres y mujeres, siempre en mayor número, subían del muelle. Parecían decir todas lo mismo, algo que no podía distinguirse. La sonatina siguió su curso, impunemente, pero esta vez, a la mitad, la profesora ya no pudo más.

—Basta.

El niño se detuvo. La profesora se volvió hacia Anne Desbaresdes.

—Seguro que ha ocurrido algo grave.

Fueron los tres a la ventana. A la izquierda del muelle, a unos veinte metros del edificio, frente a la puerta de un café, un grupo de gente se había formado ya. Acudían corriendo gentes de todas las calles circundantes y se aglomeraban frente a él. Todo el mundo miraba hacia el interior del café.

—¡Vaya barrio! —dijo la profesora. Se giró hacia el niño y lo tomó por el brazo—. Vuelve a empezar por última vez, allí donde lo habías dejado.

—¿Qué ocurre?

—Tu sonatina.

El niño tocó. Volvió a tocar la sonatina con el mismo ritmo que antes y, a medida que se acercaba el fin de la clase, la matizaba como era de desear, moderato cantabile.

—Cuando obedece de este modo, me da un poco de asco —dijo Anne Desbaresdes—. No sé lo que quiero, ¿sabe? Qué martirio.

El niño siguió, no obstante, haciéndolo bien.

—¡Vaya educación le da usted, señora Desbaresdes! —comentó la profesora casi alegremente.

Entonces el niño se detuvo.

—¿Por qué paras?

—Creía que...

Volvió a su sonatina tal como se le pedía. El ruido sordo de la multitud seguía ampliándose, se hacía ahora tan poderoso, incluso a aquella altura del edificio, que arrollaba la música.

—No olvides esa clave en si bemol —dijo la profesora—. De no ser por esto, sería perfecto. ¿Lo ves?

La sonatina se expandió, creció, alcanzó su último acorde una vez más. Y la hora llegó a su fin. La profesora declaró terminada la clase por aquel día.

—Le costará mucho, señora Desbaresdes, con este niño —dijo—, se lo digo yo.

—Ya me cuesta mucho, me devora.

Anne Desbaresdes bajó la cabeza, sus ojos se cerraron en la dolorosa sonrisa de un alumbramiento sin fin. Abajo, algunos gritos, llamadas ahora inteligibles, señalaron un acontecimiento desconocido.

—Mañana lo sabremos todo —dijo la profesora.

El niño corrió a la ventana.

—Llegan unos coches —dijo.

La multitud obstruía el café a un lado y a otro de la entrada, seguía engrosándose, aunque ya con menor ímpetu, con las aportaciones de las calles circundantes; era mucho más importante de lo que habría podido preverse. La ciudad se había multiplicado. La gente se separó, una corriente abrió paso para dejar pasar una furgoneta negra. Tres hombres bajaron de ella y penetraron en el café.

—La policía —dijo alguien.

Anne Desbaresdes se informó.

—Han matado a alguien. Una mujer.

Dejó al niño delante del porche de la señorita Giraud, alcanzó la multitud ante el café, se deslizó por entre ella y llegó a la primera fila de personas, quienes, a lo largo de los cristales abiertos, inmovilizadas por el espectáculo, veían. Al fondo del café, en la penumbra del interior, una mujer yacía en el suelo, inerte. Un hombre, tendido sobre ella, aferrado a sus hombros, la llamaba calmadamente.

—Amor mío. Amor mío.

Él se giró hacia la multitud, la miró y se vieron sus ojos. Toda expresión los había abandonado, con excepción de ésa, fulminada, indeleble, de vuelta del mundo, de su deseo. Entró la policía. La dueña, dignamente erguida cerca de la barra, la esperaba.

—Ya va la tercera vez que intento llamarles.

—Pobre mujer —dijo alguien.

—¿Por qué? —preguntó Anne Desbaresdes.

—No se sabe.

En su delirio, el hombre se revolcaba encima del cuerpo tendido de la mujer. Un inspector le tomó por el brazo y lo levantó. Se dejó hacer. Aparentemente, toda dignidad lo había abandonado para siempre. Observó al inspector con una mirada siempre ausente del resto del mundo. El inspector lo soltó, sacó un bloc de su bolsillo, un lápiz, le pidió que se identificara, esperó.

—Déjelo, no vale la pena, no contestaré ahora —dijo el hombre.

El inspector no insistió y fue a reunirse con sus colegas quienes interrogaban a la dueña, sentados a la última mesa, en la sala del fondo.

El hombre sentado cerca de la mujer muerta le acariciaba el cabello y le sonreía. Un joven llegó corriendo a la puerta del café, con una cámara colgándole del cuello y lo fotografió así, sentado y sonriendo. En el resplandor del magnesio, pudo verse que la mujer era todavía joven, que finos hilos de sangre salían esparcidos de su boca y

que también los había en el rostro del hombre que la había besado. En la multitud, alguien dijo:

—¡Qué asco! —y se fue.

El hombre volvió a tenderse a lo largo del cuerpo de su mujer, aunque por poco tiempo. Luego, como si aquello le hubiera agotado, volvió a levantarse.

—No dejen que se vaya —gritó la dueña.

Pero el hombre se había incorporado tan sólo para tenderse mejor aún, aún más cerca, a lo largo del cuerpo. Permaneció allí, en una resignación aparentemente serena, aferrado otra vez a ella con los dos brazos, el rostro pegado al pecho, en la sangre de su boca.

Entretanto los inspectores terminaron de anotar la declaración de la dueña y, con pasos lentos, caminando los tres en fila, con idéntico aire de intenso aburrimiento en el rostro, se acercaron a él.

El niño, obedientemente sentado en el porche de la señorita Giraud, había olvidado un poco. Tarareaba la sonatina de Diabelli.

—No era nada —dijo Anne Desbaresdes—, ahora tenemos que volver a casa.

El niño la siguió. Llegaron refuerzos de la policía —demasiado tarde, sin razón—. Cuando pasaban frente al café, el hombre salió, rodeado por los inspectores. A su paso, la gente se apartó en silencio.

—No fue él quien gritó —dijo el niño—. Él no gritó.

—No es él. No mires.

—Dime por qué.

—No lo sé.

El hombre caminó dócilmente hasta la furgoneta. Pero, una vez allí, se debatió en silencio, escapó a los inspectores y corrió en sentido contrario, con todas sus fuerzas, hacia el café. No obstante, al llegar a él, el café se apagó. Entonces, se detuvo en plena carrera, siguió de nuevo a los inspectores hasta la furgoneta y subió a ella. Quizás entonces llorara, pero el crepúsculo, ya demasiado adelantado, no permitió entrever sino la mueca ensangrentada y temblorosa de su rostro, ni tampoco ver si lo surcaban lágrimas.

—En todo caso —dijo Anne Desbaresdes al llegar al Boulevard de la Mer—, bien podrías recordar de una vez por todas. Moderato quiere decir moderado, y cantabile quiere decir cantante, es fácil.

Al día siguiente, cuando todas las fábricas humeaban todavía al otro extremo de la ciudad, ya pasada la hora en que cada viernes iban a ese barrio.

—Ven —dijo Anne Desbaresdes a su hijo.

Recorrieron el Boulevard de la Mer. Ya la gente paseaba por allí, vagando. Había incluso algún bañista.

El niño estaba acostumbrado a recorrer la ciudad, cada día, en compañía de su madre, de tal manera que ella podía llevarle a cualquier parte. No obstante, pasado el primer muelle, cuando alcanzaron la segunda dársena de remolcadores, encima de la cual vivía la señorita Giraud, el niño se asustó.

—¿Por qué aquí?

—¿Y por qué no? —dijo Anne Desbaresdes—. Hoy, es sólo para dar un paseo. Ven. Qué más da aquél u otro lugar.

El niño se dejó llevar, la siguió hasta el final.

Ella se fue directa a la barra. Sólo había un hombre allí, que leía el periódico.

—Un vaso de vino —pidió ella.

Su voz temblaba. La dueña se extrañó, pero recapacitó.

—¿Y para el niño?

—Nada.

—Allí fue donde gritaron, lo recuerdo —dijo el niño. Se dirigió hacia el sol de la puerta, bajó el escalón y desapareció por la acera.

—Hace buen tiempo —dijo la dueña.

Vio que aquella mujer temblaba, que evitaba su mirada.

—Tenía sed —dijo Anne Desbaresdes.

—Los primeros días de calor, eso debe ser.

—Le pediría incluso otro vaso de vino.

Por el persistente temblor de las manos aferradas al vaso la dueña comprendió que no obtendría tan rápido la explicación que deseaba, que ésta llegaría por sí sola, una vez superada aquella emoción.

Fue más rápido de lo que hubiera creído. Anne Desbaresdes bebió de un trago el segundo vaso de vino.

—Pasaba por aquí —dijo ella.

—Hace un tiempo para pasear —dijo la dueña.

El hombre no había dejado de leer su periódico.

—Precisamente ayer, a esta hora, estaba en casa de la señorita Giraud.

El temblor de las manos se atenuó. El rostro asumió un aspecto casi pulcro.

—La reconozco.

—Era un crimen —dijo el hombre.

Anne Desbaresdes mintió.

—Ya veo... Me lo preguntaba, ¿sabe usted?

—Es normal.

—Normalísimo —dijo la dueña—. Esta mañana, ha sido un desfile.

El niño pasó saltando a la pata coja por la acera.

—La señorita Giraud da clases a mi hijo.

Con la ayuda del vino, sin duda, el temblor de la voz también había cedido. En sus ojos, poco a poco, afloró una sonrisa de alivio.

—Se le parece —dijo la dueña.

—Eso dicen —la sonrisa se definió aún más.

—Los ojos.

—No lo sé —dijo Anne Desbaresdes—. Mire usted... mientras lo paseaba, pensé que era una buena ocasión para venir hoy aquí. De modo que...

—Un crimen, sí.

Anne Desbaresdes volvió a mentir.

—Ah, no lo sabía.

Un remolcador se alejó de la dársena y arrancó en el estruendo cálido y regular de sus motores. El niño se inmovilizó en la acera mientras duró la maniobra, y luego se volvió hacia su madre.

—¿Adónde va?

Lo ignoraba, dijo. El niño volvió a marcharse. Ella levantó el vaso vacío ante ella, se percató de su descuido, volvió a dejar el vaso en la barra y esperó, los ojos bajos. Entonces, el hombre se acercó.

—¿Me permite?

Ella no se sorprendió, entregada como estaba a su desasosiego.

—Es que no estoy acostumbrada, ¿sabe?

Él pidió vino, dio un paso más hacia ella.

—Aquel grito fue tan fuerte que es realmente normal que se intente saber. Difícilmente habría podido evitar hacerlo.

Ella bebió su vino, el tercer vaso.

—Lo que sé es que él le disparó al corazón.

Entraron dos clientes. Reconocieron a la señora en la barra, se sorprendieron.

—Y, por supuesto, no se puede saber por qué.

Era evidente que no estaba acostumbrada al vino, que, a aquella hora del día, otras cosas muy distintas la mantenían en general ocupada.

—Me gustaría poder decírselo, pero no sé nada seguro.

—Quizá nadie lo sepa.

—Él lo sabía. Ahora se ha vuelto loco, le encerraron anoche. Y ella está muerta.

El niño apareció desde la calle y se pegó a su madre en un movimiento de dichoso abandono. Ella le acarició distraídamente el cabello. El hombre miró con mayor atención.

—Se amaban —dijo.

Ella se sobresaltó, apenas.

—Entonces, ahora sí —dijo el niño—, sabes por qué gritaron.

Ella no contestó y con la cabeza hizo señal de que no. El niño volvió a alejarse hacia la puerta, ella le siguió con los ojos.

—Él trabajaba en el arsenal. Ella, no lo sé.

Ella se giró hacia él y se acercó.

—Puede que tuvieran problemas, lo que se llama problemas del corazón, ¿no?

Los clientes se fueron. La dueña, que había escuchado, fue hacia el final de la barra.

—Y casada —dijo—, con tres hijos, y borracha. Hay como para pensárselo.

—Bueno, sí, pero ¿quién sabe? —preguntó Anne Desbaresdes, al cabo de un tiempo.

El hombre no asintió. Ella se azaró. Y, enseguida, el temblor volvió a apoderarse de sus manos.

—Bueno, no lo sé... —dijo.

—No —dijo la dueña—, créame, en general, no me gusta mezclarme en los asuntos de los demás.

Entraron tres nuevos clientes. La dueña se alejó.

—Bueno, sí, yo también lo creo —dijo el hombre sonriendo—. Sí, debían tener problemas del corazón, como usted dice. Y quién sabe si no fue precisamente por culpa de esos problemas por lo que él la mató.

—Quién sabe, es cierto.

La mano buscó el vaso, maquinalmente. Con un gesto, pidió a la dueña que les sirviera más vino. Anne Desbaresdes no protestó, pareció, por el contrario, esperarlo.

—Al verle actuar con ella —dijo suavemente, como si, viva o muerta, ya no le interesara—, ¿usted cree que es posible llegar... a eso... de no ser... por desesperación?

El hombre vaciló, la miró de frente, adquirió un tono cortante.

—No lo sé —dijo.

Él le tendió su vaso, ella lo tomó, bebió. Y él la atrajo hacia terrenos que sin duda debían serle más familiares.

—¿Se pasea usted con frecuencia por la ciudad?

Tomó un trago de vino, y la sonrisa volvió a su rostro oscureciéndolo de nuevo, aunque más que antes. Empezaba la ebriedad.

—Sí, todos los días paseo a mi hijo.

La dueña, que vigilaba, hablaba con los tres clientes. Era un sábado. La gente tenía tiempo para perder.

—Pero en esta ciudad, por pequeña que sea, todos los días ocurre algo, para qué se lo voy a contar.

—Sí, lo sé, pero puede que cualquier día... algo le sorprenda más —se sintió turbada—. Acostumbro ir a las plazas o a la orilla del mar.

Siempre gracias a la ebriedad que iba en aumento, consiguió mirar de frente a aquel hombre.

—¿Hace tiempo que le pasea?

Los ojos de aquel hombre que le hablaba y que también la miraba, a la vez.

—Quiero decir ¿hace mucho tiempo que le pasea por las plazas y a la orilla del mar? —rectificó.

Ella se quejó. Su sonrisa desapareció. La reemplazó una mueca, que puso brutalmente al descubierto su rostro.

—No habría debido beber tanto vino.

Resonó una sirena anunciando el final del trabajo para los turnos del sábado. Inmediatamente después, se elevó de golpe la radio, insoportable.

—Ya son las seis —anunció la dueña.

Bajó la radio, se puso a trabajar, preparó hileras de vasos encima de la barra. Anne Desbaresdes permaneció largo tiempo en un silencio estupefacto, mirando el muelle, como si no alcanzara a saber qué debía hacer de sí misma. Cuando, en el puerto, se anunció un movimiento de hombres, ruidosos, lejanos aún, el hombre volvió a hablarle.

—Le preguntaba si hacía mucho tiempo que paseaba a su hijo por la orilla del mar o por las plazas.

—Lo he pensado mucho desde anoche —dijo Anne Desbaresdes—, desde la clase de piano de mi hijo. No habría podido evitar venir hoy aquí, ¿sabe?

Entraron los primeros hombres. El niño se abrió paso por entre ellos, curioso, y llegó hasta su madre, quien lo atrajo hacia sí en un envolvente movimiento maquinal.

—Usted es la señora Desbaresdes. La esposa del director de Import Export y de las Fundiciones de la Costa. Vive en el Boulevard de la Mer.

Resonó otra sirena, más débil que la primera, al otro extremo del muelle. Llegó un remolcador. El niño se liberó de un modo bastante brutal y se fue corriendo.

—Estudia piano —dijo ella—. Tiene buena disposición, pero muy poca voluntad, tengo que reconocerlo.

Para dejar lugar a los hombres que entraban regularmente siempre en mayor número en el café, él se acercó un poco a ella. Los primeros clientes se fueron. Otros llegaron aún. Por entre ellos, en el juego de las idas y venidas, se veía el sol

penetrando en el mar, el cielo que llameaba y el niño que, al otro lado del muelle, jugaba solo a juegos cuyo secreto era indescifrable a aquella distancia. Saltaba obstáculos imaginarios, debía cantar.

—Quisiera para este niño tantas cosas a la vez que no sé por dónde empezar, cómo hacerlo. Y lo hago muy mal. Tengo que volver porque ya es tarde.

—La he visto muchas veces. No podía imaginarme que un día usted llegaría hasta aquí con su hijo.

La dueña subió un poco el volumen de la radio para los últimos clientes que acaban de entrar. Anne Desbaresdes se giró hacia la barra, hizo una mueca, aceptó el ruido, lo olvidó.

—Si supiera cuánta felicidad se les desea, ¡como si eso fuera posible! Quizá sea a veces mejor separarse de ellos. No consigo hacerme a la idea de este niño.

—Usted tiene una hermosa casa al final del Boulevard de la Mer. Un gran jardín cerrado.

Ella le miró, perpleja, volviendo en sí.

—Pero para mí son un gran placer esas clases de piano —afirmó.

El niño, acorralado por el crepúsculo, volvió otra vez hacia ellos. Permaneció allí contemplando el mundo, los clientes. Con un gesto, el hombre le indicó a Anne Desbaresdes que mirara afuera. Le sonrió.

—Mire —dijo—, los días se alargan, se alargan...

Anne Desbaresdes miró, se ajustó la chaqueta con esmero, lentamente.

—¿Usted trabaja en esta ciudad, señor?

—En esta ciudad, sí. Si vuelve, procuraré saber algo más y se lo diré.

Ella bajó los ojos, se acordó y palideció.

—Sangre en la boca —dijo—, y él la besaba, la besaba.

Recapacitó.

—Lo que ha dicho, ¿lo ha dicho por suposición?

—No he dicho nada.

El sol poniente estaba tan bajo ahora que alcanzaba de lleno el rostro de aquel hombre. Su cuerpo, de pie, ligeramente apoyado en la barra, lo recibía ya desde hacía un momento.

—Tras haberlo visto, uno no puede evitarlo, es casi inevitable, ¿no es cierto?

—No he dicho nada —repitió el hombre—. Pero creo que le disparó al corazón tal como ella se lo pedía.

Anne Desbaresdes gimió. Un lamento casi silencioso, suave, brotó de aquella mujer.

—Es curioso, no tengo ganas de volver a casa —dijo.

Él tomó bruscamente su vaso, lo vació de un trago, no contestó, la abandonó con la mirada.

—Debí beber demasiado —siguió ella—, debe ser eso, ¿sabe?

—Sí, eso es —dijo el hombre.

El café quedó casi vacío. Las entradas fueron espaciándose. Mientras lavaba los vasos, la dueña les miraba de reojo, intrigada sin duda de verles demorarse tanto. El niño, frente a la puerta, contemplaba los muelles ahora silenciosos. De pie frente al hombre, de espaldas al puerto, Anne Desbaresdes permaneció callada largo tiempo. Él no parecía percatarse de su presencia.

—Me habría sido imposible no volver —dijo ella al fin.

—Yo también volví por la misma razón que usted.

—Se la ve a menudo por la ciudad —dijo la dueña—, con su hijo. Con buen tiempo, todos los días.

—¿Las clases de piano?

—Los viernes, una vez por semana. Ayer. Esa historia era, a fin de cuentas, para ella, un pretexto para salir.

El hombre jugueteaba con la moneda en su bolsillo. Fijaba la mirada en el muelle ante él. La dueña no insistió.

Pasado el muelle, el Boulevard de la Mer se extendía, perfectamente rectilíneo, hasta el extremo de la ciudad.

—Levanta la cabeza —dijo Anne Desbaresdes—, mírame.

El niño obedeció, acostumbrado a sus modales.

—A veces creo que te he inventado, que no es cierto, ¿sabes?

El niño levantó la cabeza y bostezó frente a ella. El interior de su boca se llenó del último resplandor del atardecer. El asombro de Anne Desbaresdes, cuando miraba a aquel niño, era siempre igual a sí mismo desde el primer día. Pero, aquella tarde, creyó sin duda que aquel asombro se había renovado a sí mismo.

El niño empujó la verja, con el pequeño cartapacio bailoteándole en la espalda, y se detuvo en el umbral del parque. Inspeccionó el césped a su alrededor, caminó lentamente, de puntillas, atento, nunca se sabe, a los pájaros que habrá ahuyentado a su paso. Precisamente, un pájaro levantó el vuelo. El niño lo siguió con los ojos por un momento, el tiempo de verlo posarse en un árbol del parque vecino, luego siguió su camino hasta debajo de cierta ventana; a aquella hora del día, siempre le sonreían. Le sonrieron.

—Ven —gritó Anne Desbaresdes—, vamos de paseo.

—¿A la orilla del mar?

—A la orilla del mar, por todas partes. Ven.

Siguieron de nuevo el Boulevard en dirección a los muelles. El niño comprendió inmediatamente, no se sorprendió.

—Queda lejos —se quejó pero luego aceptó, canturreó.

Cuando pasaron la primera dársena, era todavía pronto. Ante ellos, en el extremo sur de la ciudad, el horizonte estaba estriado de negro, nubes ocre que las fundiciones arrojaban al cielo.

Hora hueca, el café estaba todavía desierto. El hombre estaba allí, solo, al final de la barra. La dueña, en cuanto entró ella, se levantó y se encaminó hacia Anne Desbaresdes. El hombre no se movió.

—¿Qué le pongo?

—Quisiera un vaso de vino.

Lo bebió en cuanto lo sirvieron. El temblor era aún más fuerte que tres días antes.

—¿Acaso le extraña volver a verme?

—En mi oficio... —dijo la dueña.

Miró de reojo al hombre —él también había palidecido— y volvió a sentarse. Luego, cambiando de parecer, giró sobre sí misma y, con un gesto pulcro, encendió la radio. El niño abandonó a su madre y se fue a la acera.

—Como le decía, mi hijo tiene clases de piano en casa de la señorita Giraud. La conocerá usted, supongo.

—La conozco. Hace ya más de un año que la veo pasar, una vez por semana, el viernes, ¿no es así?

—El viernes, sí. Quisiera otro vaso de vino.

El niño había encontrado a un compañero. Inmóviles en la punta del muelle, miraban cómo descargaban la arena de una gran chalana. Anne Desbaresdes bebió la mitad de su segundo vaso de vino. El temblor de sus manos se atenuó un poco.

—Es un niño que siempre está solo —dijo ella mirando hacia la punta del muelle.

La dueña volvió a su labor de punto rojo y consideró inútil contestar. Otro remolcador cargado hasta los bordes entraba en el puerto. El niño gritó algo indiscernible. El hombre se acercó a Anne Desbaresdes.

—Siéntese —dijo.

Ella le siguió sin decir palabra. La dueña, sin dejar su labor, miraba obstinadamente el remolcador. Era evidente que para ella las cosas tomaban un giro desagradable.

—Ahí.

Él le señaló una mesa. Ella se sentó, él frente a ella.

—Gracias —murmuró ella.

En la sala había la penumbra fresca de un inicio de verano.

—He vuelto, ya lo ve.

Afuera, muy cerca, un niño silbó. Ella se sobresaltó.

—Quisiera que tomara otro vaso de vino —dijo el hombre, los ojos clavados en la puerta.

Pidió más vino. La dueña obedeció en silencio, ya cansada sin duda de esa alteración de sus costumbres. Anne Desbaresdes se apoyó en el respaldo de su silla y se entregó a la tregua que le concedía el miedo.

—Hace ya tres días —dijo el hombre.

Ella se incorporó con esfuerzo y bebió de nuevo su vino.

—Es bueno —dijo, muy bajo.

Las manos ya no le temblaban. Se incorporó un poco más, se inclinó ligeramente hacia él, quien ahora la miraba.

—Quería preguntarle, ¿usted no trabaja hoy?

—No, necesito tiempo en este momento.

Ella esbozó una sonrisa de una hipócrita timidez.

—¿Tiempo para no hacer nada?

—Nada, sí.

La dueña estaba en su lugar, detrás de la caja. Anne Desbaresdes habló en voz baja.

—La dificultad, para una mujer, consiste en buscar un pretexto para ir a un café, pero me dije que pese a todo era capaz de encontrar uno, por ejemplo un vaso de vino, la sed...

—Intenté saber más. No sé nada.

Anne Desbaresdes se extenuó una vez más recordando de nuevo.

—Era un grito muy largo, muy alto, que se detuvo en seco en su momento de mayor intensidad —dijo ella.

—Se moría —dijo el hombre—. El grito debió detenerse en el momento en que

ella dejó de verle.

Llegó un cliente. Ni les notó, se apoyó en la barra.

—Una vez, me parece, sí, una vez debí gritar así, tal vez, sí, cuando tuve a ese niño.

—Se habían conocido por casualidad en un café, quizás incluso en este café que los dos frecuentaban. Y empezaron a hablarse de una cosa y otra. Pero no sé nada. ¿Le hizo mucho daño ese niño?

—Grité. ¡Si hubiera podido oírlo!

Sonrió al recordar, se dejó caer hacia atrás, de pronto liberada de todo miedo. Él se acercó a la mesa y le dijo secamente:

—Hábleme.

Ella hizo un esfuerzo, encontró algo que decir.

—Vivo en la última casa del Boulevard de la Mer, la última al abandonar la ciudad. Justo entre las dunas.

—La magnolia, en el ángulo izquierdo de la reja, está en flor.

—Sí, las hay en tanta cantidad en esta época del año que las ves hasta en sueños y puedes ponerte enfermo durante todo el día siguiente. Cerramos las ventanas, es como para no poder soportarlo.

—¿Allí es donde la casaron hace ahora diez años?

—Allí es. Mi habitación queda en la primera planta, a la izquierda, mirando al mar. Me decía usted la última vez que él la había matado porque ella se lo había pedido, para complacerle, ¿no?

Se demoró, sin responder a su pregunta, ante la vista, al fin, de la línea de sus hombros.

—Si cierra usted su ventana en esta época del año —dijo—, debe tener calor y dormir mal.

Anne Desbaresdes se puso más seria de lo que el comentario, aparentemente, exigía.

—¡Si supiera! El olor de las magnolias es muy fuerte.

—Lo sé.

Apartó sus ojos de la línea recta de sus hombros, los apartó de ella.

—En la primera planta, ¿no hay un pasillo largo, muy largo, común a usted y a los demás, en esa casa, y que hace que estén juntos y separados a la vez?

—Ese pasillo existe —dijo Anne Desbaresdes—, tal como dice usted. Dígame, se lo ruego, ¿cómo alcanzó a descubrir que era precisamente eso lo que ella quería de él, cómo supo hasta tal punto lo que ella deseaba de él?

Los ojos del hombre volvieron a los suyos, con una fijeza algo extraviada.

—Imagino que un día —dijo—, una mañana al alba, repentinamente, ella supo lo que deseaba de él. Todo se volvió tan claro para ella que le dijo cuál sería su deseo.

No hay explicación, creo, para este tipo de descubrimientos.

Afuera, proseguían los juegos sosegados del niño. El segundo remolcador había llegado al muelle. En la tregua que siguió a la detención de sus motores, la dueña movió unos objetos debajo del mostrador y, con ostentación, les recordó el tiempo que transcurría.

—¿Por ese pasillo es por donde decía usted que hay que pasar para ir a su habitación?

—Es por ese pasillo.

El niño entró corriendo a toda velocidad, dejó caer la cabeza en el hombro de su madre. Ella no le hizo caso.

—Oh, me divierto mucho —dijo.

Volvió a marcharse.

—Olvidaba decirle cuánto me gustaría que ya fuera mayor —dijo Anne Desbaresdes.

Él le sirvió vino, le tendió su vaso, ella lo bebió enseguida.

—¿Sabe? —dijo—, imagino también que un día él lo habría hecho por propia iniciativa, incluso sin que ella se lo pidiera. Que ella no fuera la única en descubrir lo que ella deseaba de él.

Ella regresó de lejos a sus preguntas, hostigante, metódicamente.

—Quisiera que me contara desde el inicio cómo empezaron a hablarse. Es en un café, decía usted...

Los dos niños jugaban a correr en círculo, siempre en la punta del muelle.

—Tenemos poco tiempo —dijo—. Las fábricas cierran dentro de un cuarto de hora. Sí, creo que es en un café donde empezaron a hablarse, a menos que no fuera en otro lugar. Tal vez hablaran de la situación política, de los riesgos de la guerra, o de otra cosa muy distinta a lo que podemos imaginar, de todo, de nada. Quizá podamos beber aún un vaso de vino antes de que vuelva al Boulevard de la Mer.

La dueña les sirvió, siempre en silencio, tal vez un poco bruscamente. No le prestaron atención.

—Al final de ese largo pasillo —Anne Desbaresdes hablaba pausadamente—, hay un ventanal, frente al Boulevard. El viento lo azota de lleno. El año pasado, durante una tormenta, se rompieron los cristales. Era de noche.

Se dejó caer en la silla y rió.

—Que sea precisamente en esta ciudad que eso haya ocurrido... Ah, ¿cómo acomodarse a esa idea?...

—Es una pequeña ciudad, es cierto. Apenas el contingente de tres fábricas.

El muro del fondo de la sala se iluminó con el sol poniente. En medio, se perfiló el agujero negro de sus sombras conjugadas.

—Entonces hablaron —dijo Anne Desbaresdes—, y hablaron por mucho, mucho,

tiempo, antes de llegar a eso.

—Sí, creo que pasaron mucho tiempo juntos antes de llegar adonde estaban. Hábleme.

—Ya no sé —confesó ella.

Él sonrió como para animarla.

—¿Qué más da?

Ella habló otra vez, con esmero, casi con dificultad, muy lentamente.

—Me parece que esa casa de la que hablábamos fue hecha en un modo un poco arbitrario, ¿entiende qué quiero decirle?, pero aun así en favor de una comodidad de la que todos deberían estar satisfechos.

—En la planta baja, hay salones donde, hacia finales de mayo, todos los años, se celebran recepciones para el personal de las fundiciones.

Fulminante, resonó la sirena. La dueña se levantó de su silla, arrinconó su labor de punto rojo, enjuagó unos vasos que rechinaron en el agua fría.

—Usted llevaba un traje negro muy escotado. Nos miraba con amabilidad e indiferencia. Hacia calor.

Ella no se sorprendió, trampeó.

—La primavera es excepcionalmente bella —dijo Anne Desbaresdes—, todo el mundo hablaba ya de ello. ¿Usted cree entonces que es ella quien empezó a decirlo, a atreverse a decirlo, y que después ya no se dio entre ellos sino como otra cosa?

—No sé más que usted. Tal vez se dio una sola vez entre ellos, tal vez se diera todos los días. ¿Cómo saberlo? Pero sin duda llegaron muy exactamente juntos allí donde estaban hace tres días, a no saber ya en absoluto, juntos, lo que hacían.

Él levantó la mano, la dejó caer cerca de la de ella encima de la mesa y la dejó allí. Ella reparó en esas dos manos, una al lado de la otra por primera vez.

—He vuelto a beber demasiado vino —se quejó ella.

—Ese gran pasillo del que hablaba queda encendido hasta muy tarde.

—A veces no consigo dormirme.

—Entonces, ¿por qué encender ese pasillo y no tan sólo su cuarto?

—Es una costumbre que tengo. No lo sé muy bien.

—Nada ocurre allí de noche, nada.

—Sí, detrás de una puerta, duerme mi hijo.

Volvió a poner los brazos encima de la mesa, se encogió de hombros y, frioleramente, se ajustó la chaqueta.

—Tal vez tenga que volver, ahora. Mire qué tarde es.

Él levantó la mano, le hizo un gesto para que se quedara un rato más. Se quedó.

—Cuando ya es de día, muy de mañana, va usted hacia el gran ventanal.

—En verano, los obreros del arsenal empiezan a pasar hacia las seis. En invierno, la mayoría toma el autobús por culpa del viento, del frío. No dura más de un cuarto

de hora.

—Por la noche, ¿nunca pasa nadie? ¿Nunca?

—A veces sí, una bicicleta, te preguntas de dónde puede venir. ¿Es por el dolor de haberla matado, porque está muerta, que ese hombre se ha vuelto loco, o algo más ha ido a añadirse desde más lejos a ese dolor, otra cosa que en general ignoran las personas?

—Sin duda, en efecto, otra cosa se ha añadido a su dolor, otra cosa que todavía ignoramos.

Ella se levantó, se levantó con lentitud, quedó levantada, se reajustó otra vez la chaqueta. Él no la ayudó. Ella permaneció frente a él todavía sentado, sin decir nada. Los primeros hombres entraron en el café, se sorprendieron, interrogaron a la dueña con la mirada. Ésta, con un ligero movimiento de hombros, expresó que ella misma no entendía muy bien de qué iba.

—Tal vez usted no vuelva.

Cuando, a su vez, él se levantó y se irguió, Anne Desbaresdes no pudo evitar observar que todavía era joven, que el sol poniente jugueteaba tan límpidamente en sus ojos como en los de un niño. Escrutó a través de la mirada su materia azul.

—No había pensado en que podría no volver.

Él la retuvo una última vez.

—Usted mira con frecuencia a esos hombres que van al arsenal, sobre todo en verano, y, por la noche, cuando duerme mal, vuelve a usted su recuerdo.

En el momento en que se separaron, otros hombres aparecieron en el muelle. Decían que venían de las Fundiciones de la Costa, más alejadas de la ciudad que el arsenal. Hacía un día más despejado que tres días antes. Había gaviotas en el cielo nuevamente azul.

—He jugado mucho —anunció el niño.

Ella dejó que él le contara sus juegos hasta que pasaran el primer muelle, a partir del cual se extendía, sin una sola curva, el Boulevard de la Mer, hasta las dunas, donde éste quedaba truncado. El niño se impacientó.

—¿Qué te pasa?

Con el crepúsculo, la brisa empezó a barrer la ciudad. Sintió frío.

—No lo sé. Tengo frío.

El niño tomó la mano de su madre, la abrió y enfiló allí la suya con implacable resolución. Toda ella quedó allí contenida. Anne Desbaresdes gritó casi.

—Ah, amor mío.

—Siempre vas a ese café, ahora.

—Dos veces.

—Pero ¿volverás a ir?

—Creo.

Se cruzaron con gente que volvía a su casa con sillas plegables en la mano. El viento soplaba de frente.

—Y a mí ¿qué vas a comprarme?

—Un barco rojo a motor, ¿quieres?

El niño ponderó ese porvenir en silencio y suspiró de satisfacción.

—Sí, un gran barco rojo a motor. ¿Cómo lo adivinaste?

Ella lo agarró por los hombros y lo retuvo mientras él intentaba liberarse para correr hacia adelante.

—Estás creciendo, tú, ah, cuánto creces, qué bien.

Al día siguiente, Anne Desbaresdes volvió a arrastrar a su hijo hasta el puerto. Seguía el buen tiempo, ligeramente más fresco que el día anterior. Los claros eran más frecuentes, más largos. Ese tiempo precozmente bueno daba que hablar en la ciudad. Algunos expresaban el temor de que desapareciera al día siguiente debido a su desacostumbrada duración. Otros se animaban a pensar que el viento fresco que soplaba sobre la ciudad mantenía el cielo en vilo y que le impediría durante aún cierto tiempo cubrirse de nubes.

Anne Desbaresdes atravesó ese tiempo, ese viento, llegó al puerto tras pasar el primer muelle, la dársena de los remolcadores de arena, a partir de la que se abría la ciudad hacia su extenso barrio industrial. Se detuvo una vez más en la barra mientras el hombre estaba ya en la sala esperándola, sin poder sin duda escapar de nuevo al ceremonial de sus primeros encuentros, conformándose a ellos por instinto. Ella pidió vino, aún sumida en el terror. La dueña, quien tejía su labor de lana roja detrás del mostrador, notó que no se acercaron el uno al otro sino mucho tiempo después de que ella hubiera entrado y que la aparente ignorancia el uno del otro se prolongó aún más que el día anterior. Duró incluso hasta después de que el niño reencontrara a su nuevo amigo.

—Quisiera otro vaso de vino —reclamó Anne Desbaresdes.

Se lo sirvieron con desaprobación. No obstante, cuando el hombre se levantó, fue hacia ella y la llevó a la penumbra de la sala del fondo, se le había atenuado ya el temblor de las manos. El rostro estaba ya de vuelta de su palidez habitual.

—No estoy acostumbrada —explicó ella— a alejarme tanto de mi casa. Pero no es por miedo. Sería más bien, me parece, por sorpresa, algo así como por sorpresa.

—Podría ser miedo. La gente lo sabrá en la ciudad, todo acaba sabiéndose de la misma manera —añadió el hombre riendo.

Afuera, el niño gritó de satisfacción porque dos remolcadores se dirigían uno al lado del otro hacia la dársena. Anne Desbaresdes sonrió.

—El que beba vino en su compañía —concluyó ella soltando repentinamente una carcajada—. Pero ¿por qué tendré tantas ganas de reírme hoy?

Él se acercó a su rostro, bastante cerca, colocó sus manos pegadas a las de ella encima de la mesa, dejó de reír con ella.

—La luna estaba casi llena esta noche. Se veía bien su jardín. Que bien cuidado está, parece un espejo. Era tarde. Había luz todavía en el pasillo de la primera planta.

—Ya se lo dije, a veces duermo mal.

Él jugueteó a dar vueltas al vaso en su mano con el fin de facilitarle las cosas, de

que se relajara, como él creyó comprender que lo deseaba, de que le mirara mejor. Ella le miró mejor.

—Quisiera beber un poco de vino —reclamó ella en un lamento, como ya lesionada—. No sabía que el hábito llegaba tan rápido. Y ahora ya lo tengo casi.

Él pidió el vino. Lo bebieron juntos con avidez, pero esta vez nada impulsó a Anne Desbaresdes a beber, tan solo su naciente inclinación por la ebriedad de aquel vino. Esperó un momento tras haberlo bebido y, con la voz suave y culpable de la excusa, volvió a interrogar a aquel hombre.

—Quisiera que usted me dijera ahora cómo llegaron al punto de no hablarse siquiera.

El niño apareció en el marco de la puerta, se cercioró de que ella seguía allí y volvió a marcharse.

—No sé nada. Tal vez debido a largos silencios que se instalaban entre ellos, por la noche, un poco a todas horas luego, y a que eran siempre menos capaces de superarlo mediante nada, nada.

La misma turbación que, el día anterior, había cerrado los ojos de Anne Desbaresdes hizo que encorvara los hombros de abatimiento.

—Cierta noche, se mueven y remueven en la habitación, se convierten en bestias encerradas, no saben qué les ocurre. Empiezan a desconfiar, tienen miedo.

—Nada les satisface ya.

—Puede con ellos lo que está ocurriendo, no saben cómo decirlo al acto. Tal vez necesiten meses para saberlo.

Esperó un instante antes de volver a hablarle. Bebió un vaso entero de vino. Mientras bebía, el sol poniente pasó por sus ojos abiertos con la precisión del azar. Ella lo vio.

—Delante de cierta ventana de la primera planta —dijo él—, hay un haya que es uno de los árboles más bellos del parque.

—Mi habitación. Es una habitación grande.

La boca de él quedó húmeda por la bebida y ella, a su vez, en la luz suave, tuvo una implacable precisión.

—Una habitación tranquila, dicen que la mejor.

—En verano, esa haya me oculta el mar. He pedido que un día me lo quiten, que lo talen. No debí insistir lo suficiente.

Él intentó ver la hora por encima de la barra.

—Dentro de un cuarto de hora, se acabará la jornada de trabajo, y usted volverá a su casa poco después. Disponemos realmente de muy poco tiempo. Creo que no tiene ninguna importancia que esa haya esté allí o no. En su lugar, la dejaría crecer, con su sombra cada año más espesa sobre los muros de esa habitación que dicen que es la suya, me pareció entender, por error.

Ella se apoyó con toda la espalda en la silla, con un movimiento entero, casi vulgar, y se desvió de él.

—Pero, a veces, su sombra es como tinta negra —protestó suavemente.

—No importa, creo.

Él le tendió un vaso de vino riendo.

—Aquella mujer se había convertido en una borracha. Se la veía por la noche en los bares al otro lado del arsenal, como una cuba. La insultaban mucho.

Anne Desbaresdes fingió un asombro exagerado.

—Me lo temía, pero no hasta ese punto. Quién sabe si en su caso no fuera necesario.

—Sé tan poco como usted. Hábleme.

—Sí —pareció remontarse lejos—. A veces también, el sábado, uno o dos borrachos pasan por el Boulevard de la Mer. Cantan muy fuerte y hacen discursos. Van hasta las dunas, hasta el último farol, y vuelven, cantando siempre. En general, pasan tarde, cuando todo el mundo duerme ya. Se evaden valientemente a esa parte de la ciudad tan desierta, ¡si usted supiera!

—Usted está acostada en esa gran habitación muy tranquila, los oye. Reina en ese cuarto un desorden fortuito que no le es muy propio. Usted estaba acostada allí, lo estaba.

Anne Desbaresdes se retrajo y, como a veces acostumbraba a hacer, se entregó a la languidez. Su voz la abandonó. Volvió a sus manos un ligero temblor.

—Van a prolongar ese boulevard más allá de las dunas —dijo—, hablan de un nuevo proyecto.

—Usted estaba acostada allí. Nadie lo sabía. Dentro de diez minutos acabarán de trabajar.

—Lo sabía —dijo Anne Desbaresdes— y... esos últimos años, a cualquier hora, lo sabía siempre, siempre...

—Dormida o despierta, en actitud decente o no, hacían caso omiso de su existencia.

Anne Desbaresdes se debatió, culpable, aun aceprándolo.

—No debería —dijo—, recuerdo, todo puede ocurrir...

—Sí.

Ella no dejó ya de mirarle la boca, única entonces en los restos de luz de aquel día.

—De lejos, encerrado como está, frente al mar, en el barrio más hermoso de la ciudad, uno podría equivocarse sobre ese jardín. En el mes de junio del año pasado, hará un año dentro de unos días, usted estaba frente a él, en la escalinata, preparada para recibirnos, a nosotros, el personal de las Fundiciones. Por encima de su pecho semidesnudo, había una flor blanca de magnolia. Me llamo Chauvin.

Ella recobró su posición habitual, frente a él, los codos encima de la mesa. Su rostro zozobraba ya bajo el efecto del vino.

—Lo sabía. Y también que usted abandonó las Fundiciones sin dar razones y que no tendrá más remedio que volver muy pronto, ya que ninguna otra empresa en esta ciudad podrá darle empleo.

—Hábleme más. Muy pronto, ya no le pediré nada más.

Anne Desbaresdes recitó casi como una escolar, para empezar, una lección que jamás había aprendido.

—Cuando llegué a esa casa, los ligustros ya estaban allí. Había muchos. Cuando se acerca la tormenta, chirrían como el acero. Cuando una se acostumbra, mire, es como si escuchara el propio corazón. Estoy acostumbrada. Lo que usted me dijo sobre esa mujer es falso, el que la encontraran borracha como una cuba en los bares del barrio del arsenal.

Resonó la sirena, regular y precisa, ensordeciendo a toda la ciudad. La dueña comprobó la hora, arrinconó su labor de punto rojo. Chauvin habló casi tan calmadamente como si no hubiera oído.

—Muchas mujeres han vivido ya en esa misma casa y han oído los ligustros, por las noches, en lugar de su corazón. Los ligustros siempre han estado antes allí. Todas han muerto en su habitación, detrás de esa haya que, contrariamente a lo que usted cree, ya no crece.

—Es tan falso como lo que me dijo sobre esa mujer borracha como una cuba todas las noches.

—Es igualmente falso. Pero esa casa es enorme. Ocupa centenares de metros cuadrados. Y es también tan antigua que todo puede suponerse. Debe ocurrir que dé miedo.

La misma emoción la quebrantó, le cerró los ojos. La dueña se levantó, se movió, enjuagó unos vasos.

—Dése prisa en hablar. Invente.

Ella hizo un esfuerzo, habló casi en voz alta en el café todavía desierto.

—Lo que habría que hacer es vivir en una ciudad sin árboles los árboles gritan cuando hay viento aquí siempre lo hay siempre con excepción de dos días al año en su lugar mire usted me iría de aquí no me quedaría todos los pájaros o casi todos son pájaros de mar que se encuentran destrozados después de las tormentas y cuando la tormenta amaina cuando los árboles ya no gritan se les oye gritar a ellos en la playa como degollados eso impide dormir a los niños no yo de usted me iría.

Se detuvo, los ojos todavía cerrados de miedo. Él la miró con gran atención.

—Tal vez —dijo— nos equivoquemos, tal vez tuvo ganas de matarla enseguida, desde sus primeros encuentros. Hábleme.

Ella no pudo. Sus manos volvieron a temblar, pero por otras razones que el miedo

y la emoción en los que la arrojaba cualquier alusión a su existencia. Entonces, él tomó la palabra, con una voz de nuevo tranquila.

—Es cierto, cuando el viento amaina en esta ciudad, es tan raro que uno parece ahogarse. Ya me he fijado.

Anne Desbaresdes no escuchaba.

—Aun muerta —dijo—, sonreía de felicidad.

Gritos y risas infantiles estallaron afuera, celebrando la noche como una aurora. Del lado sur de la ciudad, otros gritos, en este caso adultos, de libertad, se elevaron tomando el relevo del sordo ronroneo de las fundiciones.

—La brisa vuelve siempre —siguió Anne Desbaresdes con voz cansada—, siempre y, no sé si se ha fijado, en un modo distinto según el día, a veces repentinamente, sobre todo al atardecer, a veces, por el contrario, muy lentamente, pero entonces sólo cuando hace mucho calor, y, al final de la noche, hacia las cuatro de la madrugada, al alba. Los ligustros gritan, sabe usted, por eso lo sé.

—Usted lo sabe todo sobre ese único jardín que es más o menos igual a todos los del Boulevard de la Mer. Cuando gritan los ligustros, en verano, usted cierra su ventana para dejar de oírlos, está desnuda debido al calor.

—Quisiera vino —le rogó Anne Desbaresdes—, quisiera siempre...

Él pidió el vino.

—Ha sonado hace diez minutos —les advirtió la dueña mientras les servía.

Un primer hombre llegó y bebió, en la barra, el mismo vino.

—En el ángulo izquierdo de la reja —siguió Anne Desbaresdes a media voz—, hay un haya púrpura de América, no sé en absoluto por qué...

El hombre que estaba en la barra reconoció a Chauvin, le hizo un gesto con la cabeza un poco incómodo. Chauvin ni lo vio.

—Dígame más —dijo Chauvin—, usted puede decirme cualquier cosa.

Surgió el niño, el cabello en desorden, resoplando. Las calles que terminaban en ese muelle resonaron con los pasos de los hombres.

—Mamá —dijo el niño.

—Dos minutos —dijo Chauvin—, y se irá.

El hombre que estaba en la barra intentó acariciar de paso el pelo del niño, éste se escabulló, indómito.

—Un día —dijo Anne Desbaresdes—, tuve a este niño.

Unos diez obreros irrumpieron en el café. Algunos reconocieron a Chauvin. Chauvin tampoco les vio.

—A veces —siguió Anne Desbaresdes—, cuando este niño duerme, por la noche, bajo a ese jardín, paseo por él. Voy hasta las verjas, miro el Boulevard. Por la noche, suele ser tranquilo, sobre todo en invierno. En verano, a veces, pasan y vuelven a pasar algunas parejas, abrazadas, nada más. Elegimos esa casa porque es tranquila, la

más tranquila de la ciudad. Tengo que irme.

Chauvin se recostó en su silla, tomó su tiempo.

—Va hasta la verja, luego la abre, luego le da la vuelta a la casa, luego vuelve otra vez a la verja. El niño, allá arriba, duerme. Jamás ha gritado usted. Jamás.

Ella volvió a ponerse la chaqueta sin contestar. Él la ayudó. Ella se levantó y, una vez más, permaneció allí, de pie cerca de la mesa, a su lado, fija la mirada en los hombres de la barra sin verlos. Algunos intentaron hacer a Chauvin un gesto de reconocimiento, pero en vano. Él miraba el muelle.

Anne Desbaresdes salió por fin de su torpor.

—Volveré —dijo.

—Mañana.

Él la acompañó hasta la puerta. Grupos de hombres llegaban, con prisa. El niño les seguía. Corrió hacia su madre, la tomó de la mano y la arrastró con decisión. Ella le siguió.

Él le contó que tenía un nuevo amigo y no se extrañó de que ella no le contestara. Frente a la playa desierta —era más tarde que el día anterior—, se detuvo para ver las olas que reventaban bastante fuerte aquella tarde. Luego reemprendió el camino.

—Ven.

Ella siguió su movimiento y reemprendió a su vez el camino.

—Caminas muy despacio —lloriqueó—, y hace mucho frío.

—No puedo ir más rápido.

Caminó lo más rápido que pudo. La noche, el cansancio, y la niñez, hicieron que él se refugiara contra ella, su madre, y que caminaran así, juntos. Pero, como ella veía mal de lejos, debido a su ebriedad, evitó mirar hacia el final del Boulevard de la Mer, con el fin de no dejarse descorazonar por tan larga distancia.

—Te acordarás —dijo Anne Desbaresdes—, quiere decir moderado y cantante.

—Moderado y cantante —repitió el niño.

A medida que la escalera subía, unas cuantas grúas se elevaban en el cielo hacia el sur de la ciudad, todas en movimientos idénticos cuyos tiempos distintos se entrecruzaban.

—Ya no quiero que te riñan, de lo contrario me muero.

—Yo tampoco quiero. Moderado y cantante.

Una pala gigante, babeando arena mojada, pasó por delante de la última ventana de aquella planta, con sus dientes de bestia hambrienta aferrados a su presa.

—La música es necesaria, y debes aprenderla, ¿entiendes?

—Lo entiendo.

El apartamento de la señorita Giraud estaba lo bastante alto, en la quinta planta del inmueble, como para que la vista desde sus ventanas se adentrara muy lejos en el mar. Aparte el vuelo de las gaviotas, nada se perfilaba pues ante los ojos de los niños.

—Entonces, ¿ya lo sabe? Un crimen, pasional, sí. Siéntese, señora Desbaresdes, se lo ruego.

—¿Qué es lo que era? —preguntó el niño.

—Anda, rápido, la sonatina —dijo la señorita Giraud.

El niño se puso al piano. La señorita Giraud se instaló a su lado, el lápiz en la mano. Anne Desbaresdes se sentó un poco apartada, cerca de la ventana.

—La sonatina. Esa bonita sonatina de Diabelli, anda, toca. ¿En qué compás está esa linda sonatina? Anda, dilo.

Al sonido de aquella voz, el niño se retrajo enseguida. Pareció reflexionar, tomó su tiempo y quizá mintió.

—Moderado y cantante —dijo.

La señorita Giraud cruzó los brazos y le miró suspirando.

—Lo hace adrede. No hay otra explicación.

El niño no se inmutó. Con las dos manitas cerradas encima de las rodillas esperaba la ejecución de su suplicio, tan sólo satisfecho por lo irremediable de eso tan suyo, de su repetición.

—Los días se alargan —dijo suavemente Anne Desbaresdes—, a ojos vistas.

—Efectivamente —dijo la señorita Giraud.

El sol, más alto que la última vez a esa misma hora, era testigo. Además, el día había sido lo bastante bueno como para que una bruma recubriera el cielo, ligera, sin duda, pero aun así precoz.

—Espero que lo digas.

—Tal vez no haya oído.

—Lo ha oído perfectamente. Usted no entenderá nunca una cosa, señora Desbaresdes, y es que lo hace adrede.

El niño volvió un poco la cabeza hacia la ventana. Permaneció así, al sesgo, mirando, en el muro, el luaré del sol reflejado en el mar. Tan sólo su madre podía verle los ojos.

—Mi pequeña vergüenza, tesoro mío —dijo ella bajito.

—Cuatro tiempos —dijo el niño, sin esfuerzo, sin moverse.

Sus ojos eran casi del mismo color del cielo, aquella tarde, con la diferencia de que en ellos bailaba también el oro de su cabello.

—Un día —dijo la madre—, un día lo sabrá, lo dirá sin vacilar, es inevitable. Incluso si no quiere, lo sabrá.

Ella rió alegre, silenciosamente.

—Debería darle vergüenza, señora Desbaresdes —dijo la señorita Giraud.

—Eso parece.

La señorita Giraud desplegó los brazos, golpeó el teclado con su lápiz, como acostumbraba a hacer desde hacía treinta años de enseñanza, y gritó.

—Las escalas. Escalas durante diez minutos. Así aprenderás. Do mayor para empezar.

El niño volvió a situarse de cara al piano. Sus manos se levantaron a la vez y juntas tomaron posición con triunfal docilidad.

Una escala en do mayor cubrió el rumor del mar.

—Más, más. Es la única manera.

El niño volvió a empezar una vez más de donde había partido la primera vez, a la altura exacta y misteriosa del teclado desde la que debía hacerlo. Dos, tres escalas en do mayor se elevaron por sobre la ira de aquella señora.

—Dije diez minutos. Más.

El niño se giro hacia la señorita Giraud, la miró, mientras sus manos permanecían abandonadas en el teclado, blandamente.

—¿Por qué? —preguntó.

El rostro de la señorita Giraud, de ira, se afeó tanto que el niño se giró otra vez hacia el piano. Volvió a colocar sus manos en su lugar y quedó inmóvil en una posición escolar aparentemente perfecta, pero sin juego.

—Esto ya es demasiado.

—Aún no han aprendido a vivir —dijo la madre riendo aún—, y ya se les obliga además a aprender a tocar el piano, ¿qué quiere?

La señorita Giraud se alzó de hombros, no contestó directamente a esa mujer, no contestó a nadie en particular, recobró la calma y dijo para sí:

—Es curioso, los niños acabarían por volverte mala.

—Pero un día sabrá también las escalas —y Anne Desbaresdes se puso conciliadora—. Las sabrá tan perfectamente como sabe su compás, es inevitable, se cansará incluso a fuerza de saberlo.

—La educación que usted le da, señora, es algo horrible —gritó la señorita Giraud.

Con una mano ella tomó la cabeza del niño, se la giró, le meneó la cabeza, le forzó a verla. El niño bajó los ojos.

—Porque lo he decidido yo. Y, para colmo, insolente. Sol mayor, tres veces por favor. Anda, do mayor una vez más.

El niño volvió a empezar la escala en do mayor. La tocó apenas con un poco más de negligencia que las veces anteriores. Luego, otra vez, esperó.

—Sol mayor te he dicho, ahora sol mayor.

Las manos se retiraron del teclado. La cabeza cayó definitivamente. Los pies colgando, todavía muy lejos de los pedales, se frotaron el uno contra el otro con rabia.

—¿Tal vez no me hayas oído?

—Lo has oído —dijo la madre—, estoy segura.

Ante la ternura de aquella voz, el niño aún no se resistía. Sin contestar, levantó una vez más las manos, las dejó encima del teclado en el lugar preciso en que debía hacerlo. Una, luego dos escalas en sol mayor se elevaron por sobre el amor de la madre. Allá por el arsenal, la sirena anunció el final de la jornada. La luz bajó un poco. Las escalas fueron tan perfectas que la señora convino.

—Y, además del carácter, ejercita también los dedos —dijo.

—Es verdad —dijo tristemente la madre.

Pero, antes de la tercera escala en sol mayor, el niño volvió a detenerse.

—Dije tres veces. Tres.

Esta vez el niño retiró sus manos del teclado, las dejó caer en las rodillas y dijo:

—No.

El sol empezó a inclinarse de tal manera que el mar, de golpe, oblicuamente, se iluminó. Una gran tranquilidad se apoderó de la señorita Giraud.

—No puedo decirle más que una cosa: la compadezco.

El niño, subrepticamente, deslizó una mirada hacia esa mujer digna de tanta compasión, que reía. Luego permaneció inmóvil en su lugar, necesariamente de espaldas al mar. La hora se inclinó hacia la noche, la brisa que se levantaba atravesó la habitación, contradictoria, estremeció la hierba del cabello de aquel niño obstinado. Los pies, debajo del piano, se pusieron a bailar a golpecitos, en silencio.

—¿Te importa hacerlo una vez más, una sola escala? —dijo la madre riendo—. Una sola vez.

El niño se giró tan sólo hacia ella.

—No me gustan las escalas.

La señorita Giraud les miró a los dos, alternativamente, sorda a sus comentarios, desanimada hasta de la misma indignación.

—Estoy esperando.

El niño se puso otra vez de cara al piano, pero al sesgo, lo más lejos que podía permitirse de aquella señora.

—Amor mío —dijo la madre—, una vez más.

Las pestañas se agitaron ante aquel ruego. No obstante, dudaba todavía.

—Ya no escalas, entonces.

—Precisamente las escalas, señorito.

Dudó y, cuando las dos ya habían perdido toda esperanza, se decidió. Tocó. Pero el aislamiento desesperado de la señorita Giraud permaneció un instante igual a sí mismo.

—Mire usted señora Desbaresdes, no sé si podré seguir ocupándome de él.

La escala en sol mayor fue otra vez precisa, tal vez más rápida esta vez que las anteriores, pero muy poco.

—Es cuestión de mala voluntad —dijo la madre—, debo reconocerlo.

La escala terminó. El niño, en el perfecto desinterés del momento que pasaba, se incorporó ligeramente en su taburete e intentó lo imposible, ver lo que ocurría abajo, en el muelle.

—Le explicaré que es necesario —dijo la madre, falsamente arrepentida.

La señorita Giraud se puso declamatoria y triste.

—No tiene nada que explicarle. Él no tiene por qué elegir tocar el piano o no, señora Desbaresdes. Esto es lo que se llama educación.

Golpeó el piano. El niño abandonó su intento.

—Tu sonatina ahora —dijo, cansada—. Cuatro tiempos.

El niño la tocó como las escalas. La sabía bien, y, a pesar de su mala voluntad, hubo música allí, sin duda alguna.

—¿Qué quiere que le diga? —siguió la señorita Giraud por encima de la sonatina—. Hay niños con los que hay que ser severos, si no, no hay remedio.

—Lo intentaré —dijo Anne Desbaresdes.

Ella escuchaba la sonatina. Venía de los tiempos más remotos, traída por su hijo para ella. Con frecuencia, al oírlo, estaba, ¿cómo creerlo?, a punto de desmayarse.

—Lo que ocurre, ¿sabe usted?, es que cree que le está permitido no querer tocar el piano. Pero sé muy bien que nada le importa lo que le digo, señora Desbaresdes.

—Lo intentaré.

La sonatina sonaba todavía, llevada como una pluma por ese bárbaro, quisiéralo o no, y ella se ensañó otra vez con su madre, la condenó de nuevo a la maldición de su

amor. Las puertas del infierno se cerraron.

—Vuelve a empezar y al compás, esta vez más lentamente.

La interpretación se moderó y acompasó, el niño se dejó llevar por su dulzura. Surgió música, se le escurrió por entre los dedos sin que él pareciera quererlo, haberlo decidido, y socarronamente se extendió por el mundo una vez más, sumergió el corazón en lo desconocido, lo extenuó. En el muelle, abajo, la oyeron.

—Hace un mes que trabaja en ella —dijo la dueña—, pero es bonito.

Un grupo de hombres se acercaba al café.

—Sí, debe hacer un mes —siguió la dueña—. La sé de memoria.

Chauvin, al final de la barra, era todavía el único cliente. Miró la hora, se desperezó y tarareó la sonatina al tiempo que la tocaba el niño. La dueña le observó detenidamente mientras sacaba sus vasos de debajo del mostrador.

—Es usted joven —dijo.

Calculó el tiempo que le quedaba antes de que el primer grupo de clientes alcanzara el café. Le avisó rápidamente, pero con bondad.

—A veces, sabe usted, cuando hace buen tiempo, me parece que ella da la vuelta por el otro lado, por la segunda dársena, que no pasa cada vez por aquí.

—No —dijo el hombre riendo.

El grupo de hombres cruzó la puerta.

—Un, dos, tres, cuatro —contaba la señorita Giraud—. Está bien.

La sonatina se hacía bajo sus manos de niño —ausente—, pero se hacía y se rehacía, llevada por su indiferente torpeza hasta los confines de su potencia. A medida que iba edificándose, sensiblemente disminuyó la luz del día. Una monumental península de nubes inflamadas surgió en el horizonte cuyo frágil y fugaz esplendor empujaba el pensamiento hacia otros caminos. Dentro de diez minutos, en efecto, se desvanecería del instante el color del día, del todo. El niño acabó su tarea por tercera vez. El ruido del mar mezclado a las voces de los que llegaban al muelle subió hasta la habitación.

—De memoria —dijo la señorita Giraud—, la próxima vez. De memoria es como deberás saberla, ¿me oyes?

—¿De memoria? Bueno.

—Se lo prometo —dijo la madre.

—Esto tiene que cambiar, se burla de mí, salta a la vista.

—Se lo prometo.

La señorita Giraud reflexionó, no escuchaba.

—Podríamos intentar —dijo— que otra persona le acompañara a sus clases de piano, señora Desbaresdes. Veríamos qué pasaría.

—No —gritó el niño.

—Creo que yo lo toleraría muy mal —dijo Anne Desbaresdes.

—Me temo mucho que pese a todo nos veremos obligados a hacerlo —dijo la señorita Giraud.

En la escalera, una vez cerrada la puerta, el niño se detuvo.

—¿Has visto? Es mala.

—¿Lo haces adrede?

El niño contempló la población de grúas ahora inmóvil en pleno cielo. A lo lejos, los suburbios de la ciudad se iluminaron.

—No lo sé —dijo el niño.

—Aun así te quiero.

El niño bajó lentamente de pronto.

—Me gustaría dejar de estudiar el piano.

—Las escalas —dijo Anne Desbaresdes—, nunca conseguí saberlas, ¡qué remedio!

Anne Desbaresdes no entró, se detuvo en la puerta del café. Chauvin fue hacia ella. Cuando la hubo alcanzado, ella se giró en dirección al Boulevard de la Mer.

—Cuánta gente hay ya —se quejó suavemente—. Estas clases de piano terminan tarde.

—He oído esa clase —dijo Chauvin.

El niño liberó su mano, se escapó por la acera, deseoso de correr como cada vez, a esa hora del viernes por la tarde. Chauvin levantó la cabeza hacia el cielo todavía débilmente iluminado, azul oscuro, y se acercó a ella quien no retrocedió.

—Pronto será verano —dijo—. Venga.

—Pero por estos parajes apenas se nota.

—A veces, sí. Usted lo sabe. Por la noche.

El niño saltaba por encima de los cables cantando la sonatina de Diabelli. Anne Desbaresdes siguió a Chauvin. El café estaba lleno. Los hombres bebían su vino en cuanto se les servía, un deber, y se iban a sus casas, aprisa. Otros, que venían de talleres más lejanos, les relevaban.

En cuanto entró, Anne Desbaresdes se quedó tiesa cerca de la puerta. Chauvin se giró hacia ella, la animó con una sonrisa. Llegaron al extremo menos expuesto de la larga barra y ella bebió muy rápido su vaso de vino, como los hombres. El vaso temblaba todavía en su mano.

—Hace ahora siete días —dijo Chauvin.

—Siete noches —dijo ella como al azar—. Qué bueno es el vino.

—Siete noches —repitió Chauvin.

Abandonaron la barra, él la llevó al fondo de la sala, la hizo sentarse en el lugar que él deseaba. Algunos hombres en la barra miraron una vez más a aquella mujer, seguían sorprendidos, pero de lejos. La sala estaba tranquila.

—Entonces, ¿las ha oído? ¿Todas esas escalas que ella le hace hacer?

—Era pronto. Todavía no había clientes. Las ventanas debían de estar abiertas al muelle. Lo oí todo, incluso las escalas.

Ella le sonrió, con gratitud, y bebió de nuevo. Las manos, en el vaso, temblaron ya muy poco.

—Me metí en la cabeza que él tenía que saber música, ¿me enciende? desde hace dos años.

—Lo entiendo. Entonces, ¿ese gran piano, a la izquierda, entrando en el salón?

—Sí —Anne Desbaresdes apretó los puños, se esforzó por mantener la calma—. Pero es todavía tan pequeño, tan pequeño, ¡si supiera!, pensándolo bien, me pregunto

si no me equivoco.

Chauvin rio. Eran todavía los únicos en estar sentados al fondo de la sala. El número de clientes en la barra disminuía.

—Usted sabe que él sabe perfectamente sus escalas, ¿no?

Anne Desbaresdes rió, ella también, esta vez a placer.

—Es cierto que las sabe. Incluso esa mujer lo sabe..., me hago ilusiones. Ah... debería reírme...

Mientras ella seguía riendo aunque el flujo de su risa empezara a decrecer, Chauvin le habló de otra manera.

—Usted estaba apoyada en ese gran piano. Entre sus pechos desnudos debajo del vestido, hay una flor de magnolia.

Anne Desbaresdes, muy atenta, escuchó esa historia.

—Sí.

—Cuando usted se inclina, esa flor roza el contorno exterior de sus pechos. Usted la ha sujetado con descuido, demasiado arriba. Es una flor enorme, la ha elegido al azar demasiado grande para usted. Sus pétalos están todavía tersos, alcanzó precisamente anoche su completa eflorescencia.

—¿Miro hacia fuera?

—Beba todavía un poco más de vino. El niño juega en el jardín. Usted mira hacia afuera, sí.

Anne Desbaresdes bebió tal como él se lo pedía, procuró recordar, regresó de un profundo asombro.

—No recuerdo haber recogido esa flor. Ni haberla llevado.

—Yo la miraba apenas, pero tuve el tiempo de verla también.

Ella se entretuvo sosteniendo muy fuerte el vaso, acompasó sus gestos y su voz.

—Cuánto me gusta el vino, no lo sabía.

—Ahora, hábleme.

—Oh, déjeme —suplicó Anne Desbaresdes.

—Tenemos sin duda tan poco tiempo que no puedo.

El crepúsculo se había adelantado tanto ya que tan sólo el techo del café recibía todavía un poco de claridad. La barra estaba violentamente iluminada y la sala quedaba a su sombra. Surgió el niño, corriendo, sin sorprenderse de la hora tardía, anunció:

—Ha llegado el otro niño.

En el instante que siguió a su partida, las manos de Chauvin se acercaron a las de Anne Desbaresdes. Permanecieron las cuatro encima de la mesa, alargadas.

—Como le decía, a veces duermo mal. Voy a su habitación y lo miro mucho tiempo.

—¿Todavía a veces?

—Todavía a veces, es verano y hay gente que pasea por el Boulevard. Sobre todo el sábado por la noche, porque sin duda la gente no sabe qué hacer consigo misma en esta ciudad.

—Sin duda —dijo Chauvin—. Sobre todo hombres. Desde ese pasillo, o desde su jardín, o desde su cuarto, les mira a menudo.

Anne Desbaresdes se inclinó y le dijo por fin.

—Creo, en efecto, que les he mirado a menudo, sea desde el pasillo, sea desde mi cuarto, cuando ciertas noches no sé qué hacer conmigo misma.

Chauvin profirió una palabra en voz baja. La mirada de Anne Desbaresdes desfalleció lentamente ante el insulto, se sumió en torpor.

—Siga.

—Aparte estos episodios, los días son rutinarios. No puedo seguir.

—Tenemos muy poco tiempo ante nosotros, siga.

—Las comidas vuelven, siempre. Y por las noches. Un día, tuve la idea de estas clases de piano.

Terminaron el vino. Chauvin pidió más. El número de hombres en la barra disminuyó todavía más. Anne Desbaresdes bebió de nuevo, como sedienta.

—Ya son las siete —advirtió la dueña.

No oyeron. Se hizo de noche. Cuatro hombres entraron en la sala del fondo, éstos decididos a perder el tiempo. La radio informó al mundo del tiempo que haría al día siguiente.

—Tuve la idea de estas clases de piano, le decía, al otro extremo de la ciudad, para ese amor mío, y ahora ya no puedo evitarlas. Qué difícil es. Mire, ya son las siete.

—Llegará más tarde que de costumbre a esa casa, sí, tal vez demasiado tarde. Acostúmbrese a la idea.

—No se puede evitar la rutina, ¿cómo actuar de otro modo? Podría decirle que ya estoy atrasada con respecto a la hora de la cena si tengo en cuenta todo el camino que me queda por hacer. Además, lo olvidaba, esta noche hay en esa casa una recepción a la que debo asistir.

—¿Sabe usted que no tendrá más remedio que llegar tarde? ¿Lo sabe usted?

—No tengo más remedio. Lo sé.

Él esperó. Ella le habló en el tono de una serena diversión.

—Podría decirle que le hablé a mi hijo de todas esas mujeres que han vivido detrás de esa haya y que ahora han muerto, que están muertas, y que él me pidió verlas, tesoro mío. Veo, acabo de decirle lo que podría decirle.

—¿Se arrepintió usted inmediatamente de haberle hablado de esas mujeres y le contó cómo pasaría las vacaciones este año, dentro de unos días, a la orilla de otro mar que éste?

—Le prometí unas vacaciones en un país cálido a la orilla del mar. Dentro de quince días. No se reponía de la muerte de esas mujeres.

Anne Desbaresdes bebió de nuevo vino, lo encontró fuerte. Mientras sonreía, sus ojos se empañaron.

—Pasa el tiempo —dijo Chauvin—. Usted se atrasa siempre más.

—Cuando el atraso se hace tan importante —dijo Anne Desbaresdes—, cuando llega al grado que ha alcanzado ahora ya para mí, creo que nada cambia en sus consecuencias si lo agravo o no aún más.

No quedó sino un solo cliente en la barra. En la sala, los otros cuatro hablaban intermitentemente. Llegó una pareja. La dueña la sirvió y volvió a su labor de punto rojo que había abandonado hasta entonces a causa de la afluencia. Bajó la radio. El mar, bastante agitado aquella noche, se dejó oír en los muelles, a través de las canciones.

—A partir del momento en que él comprendió lo que ella tanto deseaba que él hiciera, quisiera que me dijera por qué no lo hizo, por ejemplo, un poco más tarde o... un poco más pronto.

—Óigame, sé muy pocas cosas. Pero creo que él no podía conseguir sentir una preferencia, no podía salirse de ello, entre quererla viva o muerta. Muy tarde tan sólo debió conseguir preferirla muerta. No sé nada.

Anne Desbaresdes se ensimismó, el rostro hipócritamente inclinado hacia abajo y pálido.

—Ella tenía una gran esperanza de que lo consiguiera.

—Me parece que la esperanza que él tenía de conseguirlo debía ser igual a la de ella. No sé nada.

—¿La misma, realmente?

—La misma. Cállese.

Los cuatro hombres se fueron. La pareja permaneció allí, silenciosa. La mujer bostezó. Chauvin pidió otra botella de vino.

—Si no bebiéramos tanto, ¿no sería posible?

—Creo que no sería posible —murmuró Anne Desbaresdes.

Bebió de un trago su vaso de vino. Él la dejó envenenarse a su antojo. La noche habla invadido definitivamente la ciudad. Los muelles se iluminaron bajo las altas farolas. El niño seguía jugando. No quedó en el cielo la más mínima huella de la luz del crepúsculo.

—Antes de que vuelva a casa —rogó Anne Desbaresdes—, si pudiera decirme, me gustaría saber todavía algo más. Incluso si usted no está muy seguro de saber algo más.

Chauvin contó lentamente, con voz neutra, desconocida hasta entonces para aquella mujer.

—Vivían en una casa aislada, creo incluso que a la orilla del mar. Hacía calor. No sabía, antes de ir allá, que llegarían a eso tan rápido. Que al cabo de unos días él se vería obligado a rechazarla tan a menudo. Muy pronto, se vio obligado a rechazarla, lejos de él, incluso lejos de la casa, muy a menudo.

—No valía la pena.

—Debe ser difícil evitar este tipo de pensamientos, debe uno acostumbrarse a ellos, como a vivir. Pero acostumbrarse tan sólo.

—Y ella, ¿se iba?

—Ella se iba cuándo y cómo él quería, pese a su deseo de quedarse.

Anne Desbaresdes miró fijamente a ese hombre desconocido sin reconocerle, como al acecho, una bestia.

—Se lo ruego —suplicó ella.

—Luego, llegó el momento en que, cuando él la miraba, a veces, ya no la veía como la había visto hasta entonces. Ella dejaba de ser hermosa, fea, joven, vieja, comparable a cualquiera, incluso a ella misma. Él tenía miedo. Fue durante las últimas vacaciones. Llegó el invierno. Usted volverá por el Boulevard de la Mer. Será la octava noche.

El niño entró, se refugió contra su madre un instante. Tarareaba, todavía, la sonatina de Diabelli. Ella le acarició el cabello muy cerca de su rostro, ofuscada. El hombre evitó verles. Luego el niño se fue.

—Esa casa estaba pues muy aislada —reemprendió Anne Desbaresdes—. Hacía calor, decía usted. Cuando él le decía que se fuera, ella obedecía siempre. Dormía debajo de los árboles, en el campo, como...

—Sí... —dijo Chauvin.

—Cuando él la llamaba, ella volvía. Y de la misma manera que se iba cuando él la rechazaba. Obedeciéndole hasta ese extremo, era el modo que tenía ella de conservar la esperanza. Incluso, cuando llegaba al umbral de la puerta, ella esperaba aún a que él le dijera que entrara.

—Sí.

Anne Desbaresdes inclinó su rostro alelado hacia Chauvin sin alcanzarlo. Chauvin retrocedió.

—Es allí, en esa casa, donde ella supo lo que usted dice que era, tal vez por ejemplo...

—Sí, una zorra —la interrumpió Otra vez Chauvin.

Ella retrocedió a su vez. Él llenó su vaso, se lo tendió.

—Mentía —dijo.

Se alisó el cabello en un desorden profundo, volvió en sí con hastío y compasión contenida.

—No —dijo.

En la luz de neón de la sala, observó atentamente la crispación inhumana del rostro de Chauvin, no pudo saciar sus ojos. El niño surgió una última vez desde la acera.

—Ahora, ya es de noche —anunció.

Bostezó largamente frente a la puerta, luego se giró hacia ella, pero permaneció allí, recogido, tarareando.

—Ya ve usted que es muy tarde. Dígame algo más, rápido.

—Entonces llegó el momento en que él creyó que ya no podría tocarla de otro modo que para...

Anne Desbaresdes alzó sus manos hacia el cuello desnudo en el escote de su vestido de verano.

—Tocar sólo aquí, ¿no es así?

—Ahí, sí.

Las manos, razonablemente, aceptaron abandonar, bajaron del cuello.

—Quisiera que se fuera —murmuró Chauvin.

Anne Desbaresdes se levantó de su silla, se plantó en medio de la sala, sin moverse. Chauvin permaneció sentado, abrumado, ya no la conoció. La dueña, irresistiblemente, dejó de lado su labor de punto rojo, los observó al uno y a la otra con una indiscreción que ni percibieron. Fue el niño quien se acercó desde la puerta y tomó la mano de su madre.

—Vámonos, va.

El Boulevard de la Mer ya estaba iluminado. Era mucho más tarde que de costumbre, una hora al menos: El niño cantó una última vez la sonatina, luego se cansó de ella. Las calles estaban casi desiertas. La gente cenaba ya. Cuando, después del último muelle, el Boulevard de la Mer se perfiló en toda su longitud habitual, Anne Desbaresdes se detuvo.

—Estoy demasiado cansada —dijo.

—Pero tengo hambre —lloriqueó el niño.

Vio que los ojos de aquella mujer, su madre, brillaban. Ya no se quejó de nada más.

—¿Por qué lloras?

—Puede ocurrir a veces, por nada.

—No querría.

—Amor mío, ya está, se acabó, al menos creo.

Él olvidó, se puso a correr hacia delante, volvió sobre sus pasos, se entretuvo con la noche a la que no estaba acostumbrado.

—Por la noche, quedan lejos las casas —dijo.

En una fuente de plata a cuya adquisición contribuyeron tres generaciones, llega el salmón, glaseado en su forma original. Vestido de negro, con guantes blancos, lo lleva un hombre, cual hijo de reyes, y lo presenta a cada uno en el silencio de una cena que comienza. Está bien visto no hablar de él.

Desde la extremidad norte del parque, las magnolias vierten su olor que va de duna en duna hacia la nada. El viento, aquella noche, viene del sur. Un hombre merodea por el Boulevard de la Mer. Una mujer lo sabe.

El salmón pasa de uno a otro según un ritual que nada enturbia, de no ser el miedo oculto de cada uno de que tanta perfección no se quebrante de pronto o no se mancille de un absurdo demasiado evidente. Afuera, en el parque, las magnolias elaboran su eflorescencia fúnebre en la noche negra de la primavera reciente.

Con el vaivén del viento, que rebota en los obstáculos de la ciudad, el perfume alcanza al hombre, y lo abandona, alternativamente.

Unas mujeres, en la cocina, terminan de preparar lo que sigue. El sudor en la frente, el honor en juego, despiezan un pato muerto en su mortaja de naranjas. Entretanto, aún rosado, meloso, pero ya deformado por el breve tiempo que acaba de pasar, el salmón de las aguas libres del océano sigue irremediablemente su camino hacia su total desaparición y el temor de algún fallo en la ceremonia que la acompaña se esfuma poco a poco.

Un hombre, frente a una mujer, mira a esa desconocida. Sus pechos están otra vez semidesnudos. Ella se ajusta rápidamente el vestido. Entre ellos se marchita una flor. Por sus ojos dilatados, inmoderados, destellos de lucidez cruzan todavía, suficientes como para que alcance a servirse a su vez del salmón de los demás.

En la cocina, se atreven ya a decirlo, una vez listo y calentado el pato, en la tregua que sigue a ello, que ella exagera. Esta noche había llegado aún más tarde que ayer, mucho después que los invitados.

Son quince los que la esperaron hace un rato en el gran salón de la planta baja. Ella entró en ese universo esplendoroso, se dirigió hacia el gran piano, se apoyó en él, con el codo, sin excusarse. Lo hicieron en su lugar.

—Anne está atrasada, perdonarán a Anne.

En diez años, ella no dio lugar a que hablaran de ella. Si su incongruencia la devora, ella no puede imaginárselo. Una sonrisa fija hace su rostro aceptable.

—Anne no ha oído.

Ella deja su tenedor, mira a su alrededor, busca, intenta remontar el curso de la conversación, no lo consigue.

—Es cierto —dijo ella.

Se lo repiten. Ella desliza ligeramente la mano por el desorden rubio de su cabello, como lo hizo hace un rato, en otro lugar. Sus labios están pálidos. Olvidó esta noche maquillarlos.

—Perdone —dijo—, de momento, una sonatina de Diabelli.

—¿Una sonatina? ¿Ya?

—Sí, ya.

El silencio volvió a formarse encima de la pregunta hecha. Ella, a su vez, vuelve a la fijeza de su sonrisa, cual bestia en la selva.

—¿No sabía moderato cantabile?

—No lo sabía.

Por la noche las magnolias terminarán de florecer. Salvo ésta, que recogió esta noche al volver del puerto. El tiempo huye, igual a sí mismo, por esa eflorescencia olvidada.

—Tesoro, ¿cómo podía él adivinar?

—No podía.

—¿Duerme probablemente?

—Sí, duerme.

Lentamente, empezó la digestión de lo que fue un salmón. Su ósmosis con esa especie que lo comió fue ritualmente perfecta. Nada enturbió su gravedad. El otro espera, en un calor humano, encima de su mortaja de naranjas. La luna se levanta sobre el mar y el hombre tumbado. Acaso se podría ahora, con dificultad, percibir las masas y las formas de la noche a través de las cortinas blancas. La señora Desbaresdes no tiene conversación.

—La señorita Giraud, que también da, como usted sabe, clases a mi hijo, me contó ayer por la tarde esta historia.

—¿Ah, sí?

Rieron. En algún lugar alrededor de la mesa, una mujer. El coro de las conversaciones aumenta poco a poco de volumen y, en la progresiva puja de esfuerzos y ocurrencias, emerge una sociedad cualquiera. Se encuentran puntos de referencia y se abren brechas allí donde se incurre en familiaridades, y se llega poco a poco a una conversación generalmente cortesana y particularmente neutra. La cena será un éxito. Las mujeres están en la cima de su esplendor. Los hombres las cubrieron de joyas en la proporción de sus medios. Uno de ellos, esta noche, duda de que haya tenido razón.

En el parque correctamente cerrado, los pájaros duermen un sueño sereno y reconfortante, ya que el tiempo es bueno. Al igual que un niño, en una misma armonía. El salmón vuelve a pasar ya muy menguado. Las mujeres lo devorarán hasta el final. Sus hombros desnudos tienen el lustre y la firmeza de una sociedad fundada,

en sus cimientos, sobre la certeza de su derecho, y ellas fueron escogidas a su conveniencia. El rigor de su educación exige que sus excesos queden templados por la preocupación prioritaria de su mantenimiento. De ésta ya les inculcaron, antaño, la conciencia. Se relamieron con mayonesa, verde, como es de buen ver, y sacaron buen provecho una y otra vez. Los hombres las miran y recuerdan que ellas constituyen su felicidad.

Una de ellas contradice esta noche el apetito general. Viene del otro lado de la ciudad, de detrás de los muelles y los depósitos de aceite, al otro extremo del Boulevard de la Mer, de ese perímetro que hace diez años le demarcaron, donde un hombre le ha ofrecido vino hasta la sinrazón. Alimentada por ese vino, excepción a la regla, comer la extenuaría. Más allá de los visillos blancos, la noche, y, en la noche, todavía, porque dispone de todo su tiempo, un hombre solo mira tan pronto el mar, tan pronto el parque. Luego el mar, el parque, sus manos. No come. No podría, él tampoco, alimentar su cuerpo atormentado por otro hambre. El incienso de las magnolias sigue llegando hasta él, al gusto del viento, y le sorprende y le hostiga tanto como el de una única flor. En la primera planta, una ventana se apagó hace ya un rato y no volvió a encenderse. Debieron cerrar los cristales por ese lado, por temor al excesivo olor, aquella noche, de las flores.

Anne Desbaresdes bebe, y no cesa. El Pommard sigue teniendo esta noche el sabor aniquilador de los labios desconocidos de un hombre de la calle.

Este hombre ha abandonado el Boulevard de la Mer, dio la vuelta al parque, lo miró desde las dunas que, al norte, lo rodean, luego regresó, volvió a bajar hasta la playa. Y de nuevo se tumbó, en su lugar. Se estira, permanece un momento inmóvil frente al mar, gira sobre sí mismo y mira una vez más los visillos blancos de los ventanales iluminados. Luego se levanta, toma un guijarro, apunta a uno de esos ventanales, se gira otra vez, arroja el guijarro al mar, se tumba, se estira otra vez y, en voz alta, pronuncia un nombre.

Dos mujeres, en un movimiento alternado y complementario, preparan el segundo servicio. La otra víctima espera.

—Anne, como usted sabe, está indefensa ante su hijo.

Ella sonrió un poco más. Lo repiten. Alza otra vez la mano en el desorden rubio de su cabello. Las ojeras han crecido. Aquella noche, ella lloró. Llegó la hora en que la luna se elevó del todo por encima de la ciudad y del hombre tumbado a la orilla del mar.

—Es cierto —dijo.

Su mano baja del cabello y se detiene en esa magnolia que se marchita entre sus pechos.

—Somos todas iguales, ¿sabe?

—Sí —pronuncia Anne Desbaresdes.

El pétalo de magnolia es liso, de un grano desnudo. Los dedos lo arrugan hasta agujerearlo. Luego, atónitos, se detienen, descansan encima de la mesa, esperan, asumen un porte, ilusorio. Es que alguien se dio cuenta. Anne Desbaresdes intenta una sonrisa de excusa por no haber podido actuar de otro modo, pero está ebria y su rostro adquiere la expresión impúdica de la confesión. La mirada se enturbia, impasible, pero de vuelta ya dolorosamente de todo asombro. Era de esperarse, desde siempre.

Anne Desbaresdes bebe de nuevo entero un vaso de vino, los ojos semicerrados. Está en el punto en que ya no puede actuar de otro modo. Descubre, al beber, una confirmación de lo que fue hasta entonces su deseo oculto y un consuelo indigno a ese descubrimiento.

Otras mujeres beben a su vez, también levantan sus brazos desnudos, deleitables, irreprochables, pero de esposas. En la playa, el hombre silba una canción que escuchó por la tarde en un café del puerto.

La luna está muy alta y, con ella, empieza la noche tardía y fría. No es imposible que aquel hombre tenga frío.

Empieza el servicio del pato a la naranja. Las mujeres se sirven. Las eligieron guapas y fuertes, sabrán enfrentarse a la pitanza. Suaves murmullos suben de sus gargantas a la vista del pato de oro. Una de ellas desfallece a su vista. Su boca está seca de otra hambre que tampoco apenas nada puede saciar, sino el vino. Volvió a ella una canción, que escuchó por la tarde en un café del puerto, que no puede cantar. El cuerpo del hombre en la playa sigue solitario. Su boca permaneció entreabierta tras pronunciar el nombre.

—No, gracias.

En los párpados cerrados del hombre nada se detiene sino el viento y, por oleadas impalpables y poderosas, el olor de la magnolia, según las fluctuaciones de ese viento.

Anne Desbaresdes acaba de negarse a servirse. El plato permanece no obstante ante ella un tiempo muy corto, pero el del escándalo. Levanta la mano, como él le enseñó, para reiterar su negativa. Dejan de insistir. A su alrededor, en la mesa, se hace el silencio.

—Perdónenme, pero no podría.

Levanta otra vez la mano hasta la altura de la flor que se marchita entre sus pechos y cuyo olor atraviesa el parque y va hasta el mar.

—¿Acaso sea esa flor, me atrevería a decir, cuyo olor es tan fuerte?

—Estoy acostumbrada a las flores, no, no es nada.

El pato sigue su camino. Alguien frente a ella mira otra vez impasible. Y ella intenta sonreír otra vez, pero no consigue sino la mueca desesperada y licenciosa de la confesión. Anne Desbaresdes está ebria.

Se le vuelve a preguntar si no se encuentra mal. No se encuentra mal.

—¿Es quizás esa flor —insiste a alguien—, que marea subrepticamente?

—No. Estoy acostumbrada a las flores. Es que a veces no tengo hambre.

La dejan en paz. Empieza la deglución del pato. Su grasa va a fundirse en otros cuerpos. Los párpados cerrados de un hombre de la calle tiemblan de tanta paciencia consentida. El cuerpo exhausto de frío, al que nada calienta. Su boca ha vuelto a pronunciar un nombre.

En la cocina, anuncian que ella ha rechazado el paro a la naranja, que se encuentra mal, que no hay otra explicación. Aquí, se habla de otra cosa. Las formas vacías de las magnolias acarician los ojos del hombre solo. Anne Desbaresdes toma una vez más su vaso que acaban de llenar y bebe. El fuego alimenta su vientre de bruja contrariamente a las demás. Sus pechos tan pesados a cada lado de esa flor tan pesada se resienten de su nueva delgadez y le hacen daño. El vino se desliza por su boca llena de un nombre que ella no pronuncia. Este acontecimiento silencioso le siega los riñones.

El hombre se ha incorporado en la playa, se ha acercado a la verja, los ventanales siguen iluminados, agarra con las dos manos la verja, y aprieta. ¿Cómo es que todavía no ha ocurrido?

El pato a la naranja, de nuevo, volverá a pasar. Con el mismo gesto que hace un rato, Anne Desbaresdes implorará que la olviden. La olvidarán. Vuelve al estallido silencioso de sus riñones, a su incandescente dolor, a su lugar de referencia.

El hombre ha soltado la verja del parque. Mira sus manos vacías y deformadas por el esfuerzo. Le ha enviado, con los brazos, un destino.

El viento del mar sigue circulando por la ciudad, más fresco. Mucha gente duerme ya. Las ventanas de la segunda planta siguen a oscuras y cerradas por las magnolias sobre el sueño del niño. Barcos rojos a motor navegan por su noche inocente.

Algunos han vuelto a servirse pato a la naranja. La conversación, siempre más fácil, incrementa a cada minuto un poco más la lejanía de la noche.

En la deslumbrante luz de las arañas, Anne Desbaresdes calla y sonríe siempre.

El hombre ha decidido marcharse hacia el final de la ciudad, lejos del parque. A medida que se aleja, disminuye el olor de las magnolias, dejando lugar al del mar.

Anne Desbaresdes tomará un poco de helado de café para que la dejen en paz.

El hombre volverá pese a él mismo sobre sus pasos. Vuelve al encuentro de las magnolias, la verja y los ventanales a lo lejos, siempre, siempre iluminados. En los labios, otra vez ese canto escuchado por la tarde, y ese nombre que pronunciará un poco más fuerte. Pasará.

Ella, todavía lo sabe. La magnolia entre sus pechos se marchita del todo. Recorrió el verano en tan sólo una hora. El hombre pasará al parque en cualquier momento. Ha

pasado. Anne Desbaresdes sigue en un gesto interminable suplicando la flor.

—Anne no ha oído.

Ella intenta sonreír algo más, ya no lo consigue. Lo repiten. Levanta una última vez la mano en el desorden rubio de su cabello. Las ojeras han crecido aún más. Aquella noche, ella lloró. Se lo repiten para ella sola, y lo oye.

—Sí, es cierto —dijo—, nos iremos a una casa a la orilla del mar. Hará calor. En una casa aislada a la orilla del mar.

—Tesoro —dijo alguien.

—Sí.

Mientras los invitados se dispersarán irregularmente por el gran salón contiguo al comedor. Anne Desbaresdes se eclipsará, subirá a la primera planta. Mirará el Boulevard por el ventanal del gran pasillo de su vida. El hombre ya se habrá ido. Irá al cuarto de su hijo, se tumbará en el suelo, al pie de su cama, sin reparo por esa magnolia que aplastará entre sus pechos, no quedará nada. Y, entre los tiempos sagrados de la respiración de su hijo, vomitará allí, largamente, la comida ajena que aquella noche se vio forzada a tragar.

Una sombra aparecerá en el marco de la puerta abierta al pasillo, oscurecerá aún más la penumbra del cuarto, Anne Desbaresdes deslizará ligeramente la mano en el desorden real y rubio de su cabello. Esta vez, pronunciará una excusa.

No le contestarán.

Todavía seguía el buen tiempo. Su duración había superado todas las esperanzas. Se hablaba de ello ahora con una sonrisa, como se hubiera hablado de un tiempo engañoso que hubiera ocultado tras su perennidad alguna irregularidad que pronto se dejaría entrever y confirmaría el curso habitual de las estaciones del año.

Aquel día, aun teniendo en cuenta los anteriores, la bondad del tiempo fue tal, para la estación por supuesto, que, cuando el cielo no se cubría demasiado de nubes, cuando los claros duraban poco, se lo hubiera considerado aún mejor, aún más avanzado de lo que estaba, más cercano aún al verano. Las nubes cubrían el sol con tal lentitud, tan lentas eran, en efecto, que aquel día era casi más hermoso que los que lo habían precedido. Tanto más cuanto que la brisa que lo acompañaba era marina, blanda, muy parecida a la que soplaría ciertos días, en los próximos meses.

Algunos pretendieron que aquel día había sido caluroso. La mayoría negó, no su belleza, sino que ésta había sido tal que aquel día había sido caluroso. Algunos no tuvieron opinión.

Anne Desbaresdes no volvió hasta dos días después de su último paseo por el puerto. Llegó poco más tarde que de costumbre. En cuanto la vio Chauvin, de lejos, al otro lado del muelle, entró en el café para esperarla. Ella iba sin su hijo.

Anne Desbaresdes entró en el café en el momento de un largo claro en el cielo. La dueña no levantó la vista, siguió tejiendo su lana roja en la penumbra del mostrador. La superficie de su labor había aumentado ya. Anne Desbaresdes se reunió con Chauvin en la mesa a la que se habían sentado, los días anteriores, en el fondo de la sala. Chauvin no se había afeitado por la mañana, sino el día anterior. Al rostro de Anne Desbaresdes le faltaba el cuidado que de costumbre le dedicaba antes de enseñarlo. Ni el uno ni la otra, sin duda, lo notaron.

—Viene sola —dijo Chauvin.

Ella aceptó, mucho tiempo después de que él la hubo dicho, semejante evidencia. Intentó eludirla, y se sorprendió aún de no poder conseguirlo.

—Sí.

Para escapar a la sofocante simplicidad de esa confesión, ella se giró hacia la puerta del café, hacia el mar. Las Fundiciones de la Costa zumbaban al sur de la ciudad. Allá, en el puerto, se descargaba como de costumbre la arena y el carbón.

—Hace buen tiempo —dijo ella.

Con el mismo movimiento que el suyo, Chauvin miró hacia fuera, escrutó a ciegas el tiempo, el tiempo que hacía aquel día.

—Jamás hubiera creído que llegaría tan rápido.

Tanto duraba su silencio que la dueña giró sobre sí misma, encendió la radio, sin impaciencia alguna, hasta con suavidad. Una mujer cantó a lo lejos, en una ciudad extranjera. Fue Anne Desbaresdes quien se acercó a Chauvin.

—A partir de esta semana, otras personas acompañarán a mi hijo a su clase de piano en casa de la señorita Giraud: Es algo que acepté que se hiciera en mi lugar.

Bebió el resto de su vino, a tragos cortos. Su vaso quedó vacío. Chauvin olvidó pedir más vino.

—Sin duda es preferible —dijo él.

Entró un cliente, ocioso, solo, solo, y también pidió vino. La dueña le sirvió, luego fue a servir a los otros dos en la sala, sin que ellos lo hubieran pedido. Bebieron inmediatamente juntos, sin dirigirle una palabra. Anne Desbaresdes habló precipitadamente.

—La última vez —dijo—, vomité este vino. Sólo bebo según qué días...

—Ya no tiene demasiada importancia.

—Se lo ruego... —suplicó ella.

—En el fondo, elijamos hablar o no decir nada, como quiera.

Ella examinó el café, luego a él, todo aquel lugar, y a él, implorando una ayuda que no llegó.

—He vomitado muchas veces, pero por razones distintas a ésta. Siempre muy diferentes, ¿sabe? Por beber tanto vino a la vez, de golpe, en tan poco tiempo, no tenía la costumbre. Cuánto he vomitado. Ya no podía detenerme, creí que jamás podría detenerme, pero de pronto ya no fue posible, por mucho que lo intentara. Mi voluntad ya no bastó.

Chauvin se apoyó con los codos en la mesa, la cabeza entre las manos.

—Estoy cansado.

Anne Desbaresdes llenó su vaso, se lo tendió. Chauvin no se resistió.

—Puedo callarme —se excusó ella.

—No.

Él colocó su mano aliado de la de ella, encima de la mesa, en la pantalla de sombra que hacía su cuerpo.

—El candado estaba en la puerta del jardín, como de costumbre. Hacía buen tiempo, apenas algo de viento. En la planta baja, los ventanales estaban iluminados.

La dueña ordenó su labor de punto rojo, enjuagó los vasos y, por primera vez, no se preocupó por saber si se quedarían todavía mucho tiempo. La hora del final de la jornada de trabajo se acercaba.

—Ya no tenemos mucho tiempo —dijo Chauvin.

El sol empezó a bajar. Él siguió con los ojos su recorrido leonado y lento en la pared del fondo de la sala.

—Ese niño —dijo Anne Desbaresdes—, no tuve tiempo de decírselo...

—Lo sé —dijo Chauvin.

Ella retiró su mano de encima de la mesa, miró largamente la de Chauvin, siempre allí colocada, temblando. Luego se puso a gemir suavemente un lamento impaciente —que la radio sofocó—, y ya no fue perceptible sino para él.

—A veces —dijo—, creo que lo he inventado...

—Lo sé, por ese niño —dijo brutalmente Chauvin.

El lamento de Anne Desbaresdes reemprendió, se hizo más fuerte. Volvió a colocar su mano encima de la mesa. Él siguió su gesto con los ojos y penosamente comprendió, levantó la suya que era de plomo y la colocó encima de la de ella. Sus manos estaban tan frías que se tocaron ilusoriamente tan sólo con la intención, a fin de que quedara hecho, con la sola intención de que quedara hecho; de otro modo no era posible. Sus manos permanecieron así, rígidas en su posición mortuoria. No obstante cesó el lamento de Aune Desbaresdes.

—Por última vez —suplicó ella—, dígame.

Chauvin vaciló, los ojos siempre en otro lugar, en la pared del fondo, luego decidió decirlo como si de un recuerdo se tratara.

—Nunca antes, antes de encontrarla, él habría pensado que un día el deseo habría podido llegarle.

—¿Su consentimiento, el de ella, era total?

—Maravillado.

Anne Desbaresdes alzó hacia Chauvin una mirada ausente. Su voz se hizo frágil, casi infantil.

—Quisiera comprender un poco por qué era tan maravilloso su deseo de que él llegara a eso un día.

Chauvin siguió sin mirarla. Su voz era pausada, sin timbre, una voz de sordo.

—No vale la pena que intente entenderlo. No se puede entender hasta ese punto.

—¿Hay cosas así que hay que dejar de lado?

—Sí, creo.

El rostro de Aune Desbaresdes asumió una expresión apagada, casi imbécil. Sus labios eran grises a fuerza de palidez y temblaban como antes del llanto...

—Ella no intenta nada para impedírselo —dijo ella en voz baja.

—No. Bebamos todavía un poco más de vino.

Ella bebió, siempre a sorbos cortos, él bebió a su vez. También sus labios temblaban en el vaso.

—El tiempo —dijo.

—¿Es necesario mucho, mucho tiempo?

—Creo que mucho. Pero no sé nada —y añadió bajito—: No se nada, como usted. Nada.

Anne Desbaresdes no llegó hasta las lágrimas. Volvió a hablar con una voz

razonable, por un instante despierta.

—No hablará nunca más —dijo.

—Claro que sí. Un día, una mañana, de pronto, ella encontrará a alguien a quien reconocerá, no podrá hacer de otro modo que saludarle. O también oirá cantar a un niño, hará buen tiempo, dirá hace buen tiempo. Volverá a empezar.

—No.

—Es como usted desea creerlo, no importa.

Resonó la sirena, enorme, que se oyó alegremente desde todos los rincones de la ciudad e incluso de más lejos, desde los suburbios, desde algunas comunidades de los alrededores, llevada por el viento del mar. El sol se desperezó, más leonado aún en las paredes de la sala. Como con frecuencia en el crepúsculo, el cielo se inmovilizó, relativamente, en un sereno soplo de nubes. El sol ya no quedó cubierto y brilló libremente con sus últimas llamas. La sirena, aquella tarde, fue interminable. No obstante cesó, como otras tardes.

—Tengo miedo —murmuró Anne Desbaresdes.

Chauvin se acercó a la mesa, la buscó, buscándola, luego renunció.

—No puedo.

Ella hizo entonces lo que él no pudo hacer. Se acercó a él lo bastante cerca como para que sus labios pudieran alcanzarse. Sus labios permanecieron los unos sobre los otros, rozándose, a fin de que quedara hecho y siguiendo el mismo rito mortuorio que sus manos, un instante antes, frías y temblorosas. Quedó hecho.

Llegaba ya de las calles circundantes un rumor quedo, entrecortado de llamadas serenas y alegres. El arsenal había abierto sus puertas a sus ochocientos hombres. No quedaba muy lejos de allí. La dueña encendió la estantería luminosa encima de la barra, aunque el atardecer fuera deslumbrante. Tras una vacilación se acercó a ellos, quienes ya no decían nada y les sirvió más vino, sin que ellos se lo hubieran pedido, con una postrera solicitud. Luego permaneció allí tras haberles servido, cerca de ellos, no obstante todavía juntos, buscando qué decirles. No encontró nada, se alejó.

—Tengo miedo —dijo de nuevo Anne Desbaresdes.

Chauvin no contestó.

—Tengo miedo —gritó casi Anne Desbaresdes.

Chauvin siguió sin responder. Anne Desbaresdes se dobló casi hasta tocar la mesa con la frente y aceptó el miedo.

—Vamos pues a quedarnos en donde estamos —dijo Chauvin. Añadió—: Debe ocurrir a veces.

Entró un grupo de obreros quienes ya les habían visto. Evitaron mirarles, al corriente como estaban ellos también, al igual que la dueña y toda la ciudad. Un coro de conversaciones distintas, ensordecidas por el pudor, llenó el café.

Anne Desbaresdes se incorporó y procuró una vez más, por encima de la mesa,

acercarse a Chauvin.

—Tal vez no lo consiga —murmuró ella.

Tal vez él ya no oyera. Ella se ajustó la chaqueta al cuerpo, la cerró, se la ciñó, cayó presa del mismo lamento salvaje.

—Es imposible —dijo.

Chauvin oyó.

—Un minuto —dijo—, y lo conseguiremos.

Anne Desbaresdes esperó un minuto, luego intentó levantarse de la silla. Lo consiguió, se levantó. Chauvin miraba a otra parte. Los hombres evitaron una vez más posar la mirada sobre aquella mujer adúltera. Quedó de pie.

—Quisiera que estuviera muerta —dijo Chauvin.

—Está hecho —dijo Anne Desbaresdes.

Anne Desbaresdes dio la vuelta a su silla de tal manera que ya no pudiera hacer el gesto de volver a sentarse. Luego dio un paso hacia atrás y giró sobre sí misma. La mano de Chauvin golpeó el aire y volvió a caer encima de la mesa. Pero ella no lo vio, había abandonado ya el área en la que él estaba.

Ella se encontró frente al sol poniente, tras atravesar el grupo de hombres que estaban en la barra, en la luz roja que señalaba el final de aquel día.

Tras su marcha, la dueña aumentó el volumen de la radio. Algunos hombres se quejaron de que estaba demasiado alto para ellos.



MARGUERIE DURAS, novelista, dramaturga, guionista y directora francesa, nació en Saigón, Indochina, en 1914, pero se trasladó a París a comienzos de 1930. Su primera novela importante, *Un dique contra el Pacífico* (1950), narra la vida de una familia francesa empobrecida en Indochina. Otras novelas importantes son *Moderato cantabile* (1958) y la novela semiautobiográfica *El amante* (1984), que obtuvo el premio Goncourt. En 1960 Duras escribió el guión para la película de Alain Resnais *Hiroshima mon amour*. Murió en París en 1996, tras una larga enfermedad.